

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 747.

## SUMARIO.

Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun; grabado. — Supersticiones poéticas de la Escocia. — La hija del comerciante. — Salida de Méjico de S. E. el mariscal Bazaine; grabado. — El sepulcro de Saint-Mihiel; grabado. — Los sucesos del Cambojé; grabado. — Revista de Paris. — Poesias. — Los puertos militares de Francia: Cherburgo; grabados. — Los dos penados. — Exposicion universal de 1867; grabado. — Tipos y trajes suecos y noruegos; grabados. — La fiesta de Pascuas en Alemania; grabado. — Revista de la moda. — Viaje al polo boreal. — Ernesto Steger, pianista-compositor; grabado. — Sucesos de Irlanda; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

### Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun.

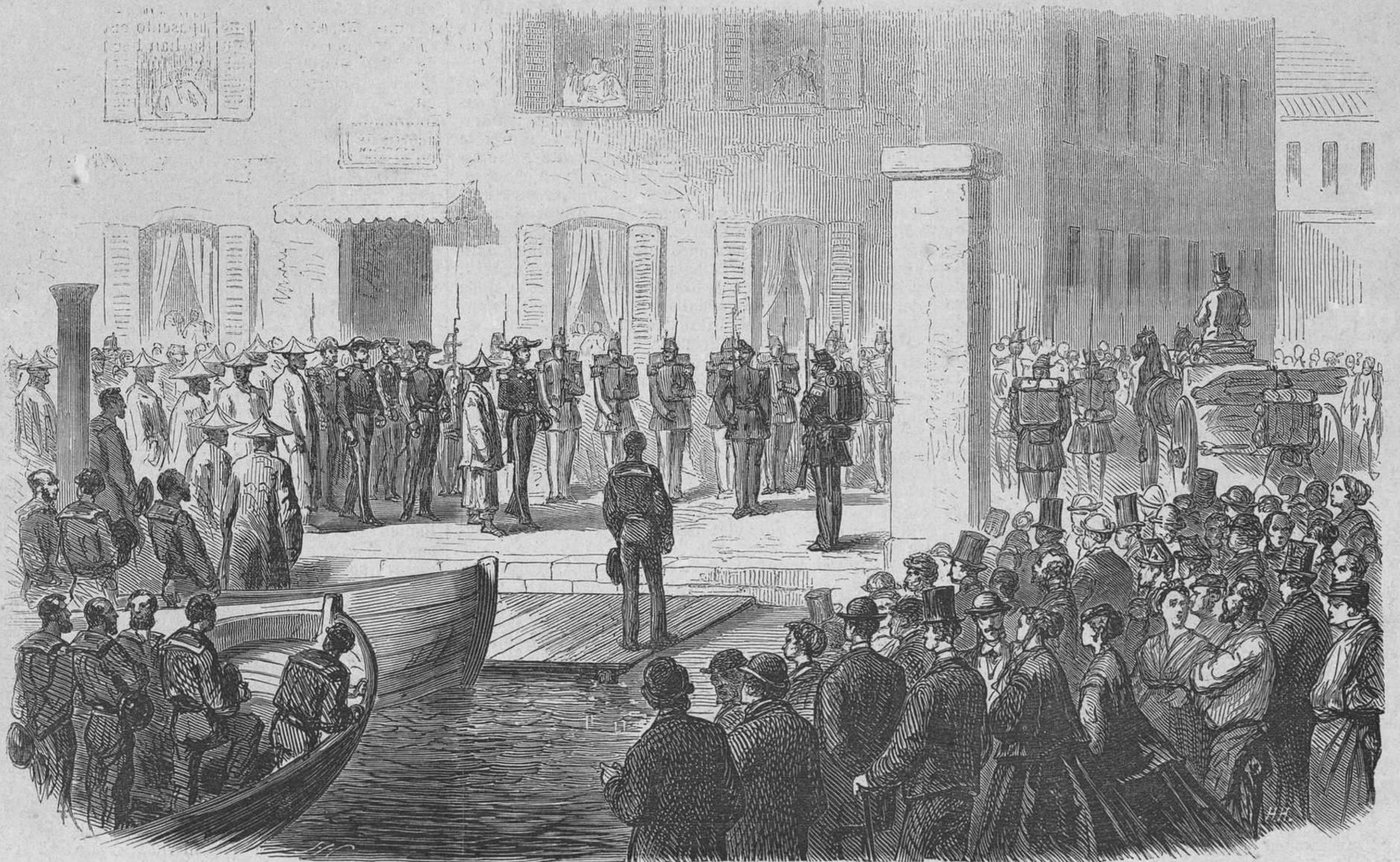
Las misiones y las embajadas japonesas son siempre distintas. Hasta el dia no habiamos visto llegar á Paris mas que unos personajes, que despues de presentarse á nosotros como unos verdaderos japoneses, concluan por vestirse á la francesa. Pero esta vez se trata del príncipe Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun, y los honores que se le han hecho en Tolon á su llegada, nos prueban que recibimos la visita de uno de los mas ilustres personajes del Japon. La semana próxima daremos el retrato del jóven príncipe con una noticia sobre su viaje.

P. P.

### Supersticiones poéticas de la Escocia.

(Conclusion.)

Las brujas de *Macbeth* eran de este jaez, y por la descripcion que nos da de ellas Schakspeare, sacada sin duda de las crónicas, estas fatales hermanas (*wierd sisters*) vienen comprendidas en la clase de los seres mitológicos de la Escocia: no tienen sexo, y participan mas de la naturaleza de demonio que de la humana. Se dice que el doctor Johnson las invocó en vano en las nieblas de Fores: es verdad que, segun creo, el doctor Johnson les habló en versos latinos, como hubiera hablado



El príncipe Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun del Japon, desembarcando en el muelle de la Consigna en Tolon, el 6 de abril de 1867.

á la Canidia de Horacio, ó á la Ericta de Lucano, y ellas hubieran contestado de mejor grado á un encantamiento gaélico. Las fatales hermanas existen todavía en el condado de Fife, y se cree que todos los hijos mayores de la casa de Duff tienen el secreto del encanto á que responden.

Yo, por mi parte, preferiría ver aparecerse la hermosa hechicera del *Tam* ó *Shanter* de Burns, pues Burns ha sido fiel á las supersticiones locales, pintando á su hechicera joven y hermosa. Mas de una joven de Escocia ha sido acusada, hasta en nuestros días, de ir á bailar el sábado con el indecente vestido que inspira al entusiasmo de Tam esta exclamación que se ha hecho vulgar: « ¡Bravo, corta camisa! » (*Weel done, cutty-sark!*) Sin embargo, la verdadera bruja escocesa, el tipo de Magde y de las sepultureras de la *Novia de Lammermoor*, es una vieja de piel arrugada, trémula, fea y melancólica, conservando un resto de calor animal cerca de algunos tizones cubiertos de ceniza en una olla rota, murmurando palabras misteriosas, y no teniendo otro compañero, otra amistad en este mundo que la de su viejo gato; y aun este solo por su forma, bajo la cual se oculta el viejo Nick ó diablo. Tal es la única especie de brujas que conocen los escoceses modernos, tanto en la alta como en la baja Escocia, tanto en las montañas como en las islas Hébridas. ¡Pobre vieja! ella monta todavía sobre su escoba para ir al sábado; mas todo el poder que saca de él es echar algún sortilegio sobre las vacas de Sawney ó de Donald. Es verdad que no corre riesgo de ser quemada, pero tampoco puede mandar á los elementos, ni hacerse obedecer de la tempestad como en otro tiempo la bruja de Corrivreckan (1), de la cual vamos á referir un hecho que prueba que esta temible aliada de Satanás tenía al menos un sentimiento de patriotismo.

Durante el reinado de Mac-Donald, rey ó lord de las Islas, una princesa española, atraída por la fama de los santos edificios de Jona, fué en romería á hacer una plegaria y á depositar su ofrenda en el altar de san Colombo. La bella extranjera dió la vuelta á las costas salvajes de Mull, y su presencia fué como la aparición de una hada mortal para los jefes del archipiélago de las Hébridas, los cuales quedaron prendados de su hermosa piel morena y de sus bellos ojos negros, que contrastaban con la hermosura de las escocesas de piel blanca, ojos azules y cabellos rubios. Había sobre todo un atractivo imposible de expresar para aquellos jefes guerreros, en su lánguido andar, en la mezcla de mollicie y vivacidad que caracteriza á las castellanas y andaluzas.

— ¡Es negra como un cuervo! decía el uno.

— Dudo que supiese danzar un *reel* (especie de danza de las Hébridas), decía otro.

— Es alguna princesa que ha huído de Africa, añadía un tercero.

Mas en lo íntimo del corazón experimentaban un no sé qué que desmentía sus desdenes afectados para con la extranjera. El mas franco de esos jefes fué Mac-Lean de Duart, quien exclamó que, negra ó morena, africana ó española, la peregrina le parecía la mas hermosa mujer que hubiese visto en su vida, y que se atrevería á decirselo á ella misma. Saltó en una barca, abordó la galera de la princesa, se ofreció á servirle de piloto hasta Jona, y la guió felizmente á través de los innumerables peligros del golfo de Corrivreckan. La princesa por su parte encontró en Mac-Lean un aire noble y digno de la atención de una reina.

— ¿Sois, le preguntó ella, el rey de estas islas?

— Soy rey de la mía, repuso Mac-Lean.

— ¿Pero tenéis un rey superior á vos?

— Mac-Donald es rey de las Islas, y yo soy rey de Duart.

La princesa vió que estos títulos le bastaban para tener el honor de ser su caballero, despues de haber tenido la dicha de ser su piloto. No hay orgullosa española á quien no iguale en orgullo un jefe escocés. La princesa entró en la catedral de Jona, apoyada en el brazo de Mac-Lean. Bien hubiera querido este hablarle de amor, mas esto hubiera sido hacerse rival de Dios, y por lo mismo respetó las devociones de la extranjera. Tal vez su silencio fué mal interpretado de la dama, la cual quiso que le condujese á Dunstaffnage, adonde le llamaba una misión diplomática para el rey de las Islas. Mac-Lean no osó declararse todavía, y como existía una guerra hereditaria entre su clan y el de Mac-Donald, no pudo acompañarla sino hasta Dunstaffnage.

(1) Corrivreckan, entre el cabo Jura y la isla Scarba, es todavía al presente un golfo peligroso para los marineros; mas hace mucho tiempo que no se ha visto aparecer la vieja hechicera, que no tenía mas que hacer en otro tiempo, para mover una tempestad capaz de tragar una armada, que agitar su pañuelo. Un príncipe danés osó despreñarse á la bruja un día que agitaba de esta suerte su pañuelo, y naufragó con todas sus riquezas. La dama á quien amaba había exigido este acto de valor para probarle antes de darle su mano. San Colombo, dice una crónica, fué mas feliz cuando salvó el paso del Vreckan. Bramaba ya la tempestad que debía tragarle, mas el santo invocó á su amigo san Kenneth, quien oyó su grito de apuro y su oración desde el fondo de Irlanda en el momento en que iba á sentarse á la mesa, y no teniendo mas tiempo que de calzarse un zapato, celebró con mucha priesa una misa para su amigo, medio descalzo. Eran las nueve de la mañana cuando consagró la hostia: á la misma hora vió Colombo apartarse y desviarse de repente de su barca las airadas olas, en el momento en que parecían avanzarse como montañas para destrozarla y sepultarla en el abismo. (*Leyenda de san Oran.*)

El rey de las Islas no quedó menos prendado que los otros jefes isleños de la belleza de la española, pero fué mas osado que Mac-Lean. En vez de suspirar discretamente, de esperar siempre un momento favorable para hablarla, la galantó en regla. La princesa, que había encontrado á Mac-Lean demasiado tímido, encontró á Mac-Donald demasiado atrevido, y se negó á corresponderle. El tiempo la volverá mas racional, dijo para sí Mac-Donald; y cuando la princesa manifestó que quería hacerse á la vela, se vió prisionera. Quiso entonces probar si tenía en Mac-Lean un campeón tan digno de ella por su valor como por su respeto, y le hizo saber su situación. Mac-Lean, como todos los montañeses, estaba dispuesto siempre para la guerra y la venganza, y le parecía ya que la visita diplomática de la hermosa española se dilataba demasiado; y así es que, seguro de obtener su aprobación, hizo sus preparativos, sorprendió el castillo de Dunstaffnage, y se apoderó á la vez del lord de las Islas y de su cautiva, á la que condujo al castillo de Duart.

Allí la hermosa española se manifestó reconocida, y se hubiera casado con Mac-Lean, sin hacer mucho tiempo la mojadata, si su padre, inquieto á su vez por la larga ausencia de su hija, no hubiese enviado su almirante con una numerosa armada para reclamarla. Este almirante, que había hecho en otro tiempo la guerra en aquellos mares bajo las órdenes del conde de Buelna, amenazaba asolar á sangre y fuego las tierras de Duart, si no le volvían la princesa.

Mac-Lean había resistido con las solas fuerzas de su clan al clan de Mac-Donald y á sus aliados; mas ¿cómo podía esperar resistir con tan cortos medios á toda una armada española? En medio de tamaño apuro fué á consultar á la hechicera de Corrivreckan, la cual, tomando su pañuelo, acudió á la roca sobre que estaba edificado el castillo de Duart.

Cuando el almirante español echó el áncora delante de la orgullosa roca, empezó á maravillarse de la tranquilidad que reinaba en torno suyo. No se observaba el menor preparativo de defensa, ninguna señal de alarma; y como era marino experimentado, miró á derecha y á izquierda, pero no vió nada.

— Grumete, gritó por último, trepa hasta la tope, y dime lo que ves.

— Almirante, veo un cuervo negro que vuela girando sobre la cima de la roca.

— Grumete, ¿qué mas ves?

— Almirante, veo otros dos cuervos que vienen á reunirse con el primero.

— ¿Qué mas ves?

— Veo otros tres cuervos, seis en todo: ¡oh! perdon, almirante, ahora llega otro.

— Baja, dijo el almirante, cuya frente se oscureció á esta noticia: ¡marineros, á vuestros puestos!

Mas era ya tarde: vino una tempestad espantosa sobre la galera almirante y sobre toda la armada, que se dispersó y no se atrevió á presentarse mas.

Cada vez que la hechicera de Corrivreckan había agitado su pañuelo, se había presentado un cuervo con un grano de tempestad debajo de sus alas. La princesa española dió su mano á Mac-Lean y olvidó la España en las Hébridas. La tradición dice que los siete cuervos de Duart eran siete hechiceros transformados en esas aves.

Las formas que pueden tomar las hechiceras de Escocia están arregladas por una especie de código de sus privilegios; pueden transformarse: 1º en piedras; entonces se colocan en un campo, y el labrador ve romperse en el surco la reja de su arado; 2º en urracas, y se escapan ordinariamente bajo esta forma; 3º en cuervos, cuando han de mover tempestades ó anunciar las muertes; 4º en gatos, bajo cuya forma se introducen en las casas; y finalmente en liebres, para destruir las legumbres en los jardines y campos cultivados. Habiendo algunas horas antes de la batalla de Falkirk, en 1746, pasado de repente una liebre por delante de la línea del general inglés, los soldados se pusieron á gritar:

— ¡Es la condesa de Kilmernock!

La condesa era una anciana viuda jacobita, acusada en el canton de ser hechicera.

Tanto en Escocia como en otras partes, no siempre es hechicero el que quiere serlo: mas en Escocia, hay muchas personas que á su pesar tienen que mantener correspondencia con los espíritus malignos, y que tienen el don de verlos en todos lugares y á todas horas. Esas personas son las que han nacido el día de Natividad ó el viénes santo: singular privilegio que fecha de la época en que reinaba el catolicismo en todo el reino de Bruce, y de que no ha privado á los escoceses la reforma.

El don de segunda vista es tambien un privilegio del mismo género, particular á la Escocia, y sobre todo á los habitantes de las Islas; privilegio fatal, porque sucede á los profetas de las Hébridas lo que á la Casandra de los griegos, que sufren anticipadamente por un peligro que predicen en vano á la pertinaz imprevisión de los hombres. Lochiel fué avisado por uno de estos profetas del resultado que tendría la batalla de Culoden; mas el honor le hizo un deber de ir á perecer con su clan bajo la bandera de Carlos Eduardo.

La segunda vista es uno de los fenómenos de que se ha ocupado la fisiología, y que ha analizado como el síntoma de una manera de ser propia de ciertos temperamentos y de ciertas organizaciones. No me acuerdo qué sabio doctor la ha considerado como una especie de catalepsia. Sea lo que se fuere, es uno de esos milagros que pueden sufrir impunemente la prueba sugerida por Voltaire, el examen de una academia ó de una fa-

cultad de medicina. La segunda vista existe; falta explicarla. Yo la definiría provisionalmente un sueño de un hombre despierto. Si se admite que se puede dormir despierto, con los ojos abiertos, ¿serán estos sueños predicciones mas ciertas que las que se sacan por medio de los sueños? Ved ahí cómo debiera proponerse la cuestión á la fabulad de Edimburgo: mas en los Highlands y en las Hébridas se da un sentido menos fortuito á las revelaciones de la segunda vista. Los que están dotados de ella parecen unos seres aparte, son escuchados con respeto y consultados seriamente. Se cita mucho la anécdota siguiente para probar cuán independientes son sus predicciones de todo cálculo.

Estaba uno de esos visionarios sentado á la mesa en un meson de Killin, ciudad del condado de Perth, cuando entró un desconocido. A la vista de este hombre, el visionario se sobresalta, se levanta de la mesa y sale huyendo. Le siguieron, le alcanzaron, le preguntaron, y confiesa que huye porque el recién llegado, á quien no conoce, está destinado á perecer en un cadalso dentro de dos días, y que esta revelación le ha venido acompañada de un instinto irresistible de terror personal. El desconocido, irritado de aquella predicción como de un ultraje, saca su *claymore* y lo clava en el corazón del visionario. El asesino es detenido, juzgado al instante, y muere dos días despues del suplicio que le había sido profetizado. Ved ahí un caso que sobrepasa ciertamente todo lo que decían y creían los antiguos de ese poder indefinible y superior á los dioses, la fatalidad.

Hay tambien escoceses que pretenden que la segunda vista es al mismo tiempo una ciencia y un don natural, que puede comunicarse por iniciación. Hé aquí lo que dice acerca de esto un antiguo escritor que ha tratado gravemente la cuestión:

« Se regala á un hombre el don de segunda vista por medio de algunas solemnidades extrañas. Primeramente debe el que pretende adquirirlo ceñirse con una cuerda de clin que haya servido para fijar la tapa de un ataúd. En seguida debe inclinar la cabeza como lo hizo Eliseo (*Reyes*, lib. I., c. XVIII, v. 42), hasta que vea pasar por entre sus piernas un entierro. Mas si cambia el viento durante este tiempo, corre el nefito peligro de muerte. Por eso es mas prudente, para el que desea iniciarse en esta ciencia, poner el pié izquierdo debajo del derecho de un visionario, quien pone al mismo tiempo la mano sobre su cabeza. En esta actitud, mirará por encima del hombro del visionario y verá una multitud de personas furiosas que corren hacia él de todos los puntos del horizonte, en tanto número como los átomos que fluctúan por el espacio. Esos personajes no son *entidades*, ni esencias negativas, ni fantasmas, creaciones de una imaginación exaltada, ó de un cerebro enfermo, sino realidades que se manifiestan tales como puede percibir las un hombre en su cabal juicio y que puede examinar con una atención escrupulosa: mas esta visión se vuelve luego tan terrible, que el nefito visionario queda trémulo, respirando apenas y mudo.»

Terminaremos este artículo con las singulares ideas que tienen todos los escoceses acerca de los muertos. El alma, dicen, no sale del aposento en que se ha separado del cuerpo, hasta que se han hecho los funerales. Se cierne al rededor del lecho fúnebre, y puede, si se le dirigen ciertas palabras de encantamiento, volver á entrar en su cárcel mortal, reanimarla por algunos momentos y responder á las preguntas que se le hacen acerca de las causas de su muerte. Ni está sola el alma en el aposento, sino que vienen á hacerle compañía, durante el intervalo que separa la muerte de los funerales, todas las almas conocidas suyas. Aunque invisibles á todos los ojos, pueden sin embargo manifestar su presencia, si son provocadas por alguna indiscreción. Se acostumbra tener la puerta del aposento del muerto, ó abierta de par en par, ó enteramente cerrada: si se dejase entreabierta, el primero que entraría vería, dicen, el cuerpo sentado en la cama.

Son tantas las supersticiones escocesas, que nuestro objeto, en este artículo, no ha sido mas que dar á conocer las mas populares y sobre todo las mas poéticas; pero no olvide el lector que para que agrade semejante objeto, se requiere cierta disposición de ánimo. El embeleso de una leyenda depende mucho, como ha dicho el mago del Norte, de la edad de la persona á quien se refiere. « Y lo creo tanto mas, añade Walter Scott, como que á dos épocas muy diferentes de mi vida, me he encontrado con resultados muy diferentes en sitios favorables á este grado de conmoción supersticiosa que llaman los escoceses *erie* (miedo de espíritus). » Y en apoyo de este aserto, nos cuenta cómo, á la edad de diez y nueve á veinte años, pasó una noche de desvelo en el castillo de Glamis, que, despues de Macbeth, se ha enriquecido de siglo en siglo con nuevas leyendas.

Bien llamó á la historia en su auxilio para desmentir esas tradiciones que la poesía ha sacado de las relaciones populares; su imaginación se puso de acuerdo con Shakspeare para llamar á los personajes de la famosa escena nocturna del castillo de Macbeth. Reconociólos como si estos mismos personajes fantásticos hubiesen ejecutado en el mismo sitio esta escena que había visto representar algun tiempo antes en Edimburgo por John Kemble y su inimitable hermana miss Siddons. En 1814, la casualidad condujo á Walter Scott al castillo de Dunvegan, que no es menos rico en tradiciones supersticiosas que el castillo de Glamis; mas entonces había trascurrido ya la edad media de su vida. El laird y la castellana le hicieron el cortés ofrecimiento de hacerle dormir en el aposento llamado de las apariciones. « To-

mé posesion de él, dice, á la hora en que vuelven los espíritus. Nada mas cómodo que este aposento, excepto tal vez algunas tapicerías flotantes y el sumo espesor de las paredes; mas si mirais por las ventanas, todo lo que veis despierta fácilmente ideas supersticiosas. Un viento de otoño, cargado á veces de vapores, ocultaba el golfo á la vista, ó levantaba sus olas estrellándolas contra la playa. Las rocas que, saliendo del fondo del mar bajo una forma muy semejante á la humana, han recibido el nombre de *Hijas de Macleod*, estaban coronadas de espuma blanca como la nieve. En una noche semejante, aquellas rocas singulares hubieran podido recordarme las diosas noruegas llamadas las *Mensajeras de la muerte*, ó las mujeres que viajan en alas de la tempestad. En el fondo del cuadro se distinguían algunas de las montañas de Quillan, llamadas las *Mesas de Macleod*. En fin, á la voz de las olas y del viento se mezclaba la de la cascada sonora, designada bajo el nombre de la *Ama de Rosie More*, porque este jefe gustaba de dormirse escuchándola. En una palabra, mi aposento era digno de un huésped menos cargado de sueño. Sin embargo, debo confesar que lo que mas me sedujo, entre todo lo que vi antes de dormirme, fué la blanda cama donde esperaba reparar la fatiga de algunas noches penosas pasadas á bordo, y donde dormí en efecto sin soñar en espectros, fantasmas ó duendes, hasta la mañana siguiente, en que tuvo que venir á despertarme mi criado. »

M. DE F.

### La hija del comerciante.

Era á mediados del mes de marzo de 1827. Una fuerte lluvia caía sobre los tejados é inundaba las calles de Londres. Estaba esperando varias consultas en mi gabinete; pero nadie venia. Sin duda mis enfermos de mas cuidado no tenían valor para aventurarse por esas calles inundadas y comprometer las últimas esperanzas de su salud delicada. Yo era todavía jóven en la carrera, y la costumbre no había empedernido aun mi corazón, el cual sabía todavía sentir y compadecer. Ese endurecimiento, que la práctica lleva siempre consigo, no había cerrado todavía mi alma á todas las conmociones, y solo en mi retrete, con los codos apoyados sobre la campana de la chimenea, con la vista clavada en el cielo de donde caía la lluvia á torrentes, reflexionaba tristemente en la impotencia de la medicina como en la de la legislación, cuando quieren curar los males del cuerpo y del alma.

Habia sobre todo en la lista de mis enfermos un pobre albañil, que me traía diariamente un muchacho escrofuloso, y cuya mujer padecía de epilepsia: esa desgraciada familia me daba lástima. Nada me costará, dije, hacerles una visita: me disponia ya á hacer esta buena accion trasladándome al triste asilo de aquellos enfermos olvidados del mundo; mi coche me esperaba en la puerta, y continuaba lloviendo con mas violencia que nunca, cuando ví entrar en mi gabinete una jóven de unos veinte años, cuya fisonomía revelaba suma agitación, y cuyo porte anunciaba una persona no vulgar. Era delgada, esbelta, bien torneada, con un andar gracioso, y los pliegues de su vestido, humedecidos por la lluvia, dibujaban con limpieza formas muy elegantes.

— Le detendré á Vd. poco tiempo, me dijo; veo que iba Vd. á salir.

— Señora, sírvase Vd. tomar asiento.

Y la conduje á un sillón donde se dejó caer.

— Juan, avivad la lumbre... Esta lluvia, señora, la ha calado á Vd.; algunas gotas de vino de Burdeos le probarán á Vd. muy bien. Conversaremos un poco, bien que debo advertirla á Vd. que tengo hoy todos los momentos muy contados.

— ¡Oh! no abusaré de la bondad de Vd. Calentaré tan solo un poco mis piés... No se trata de mí, sino de una amiga á quien aprecio mucho, y sobre cuya salud tengo que pedirle á Vd. las reseñas mas exactas. Está enferma, y como teme que la engañen acerca de su situación, me ha escrito desde el campo rogándome que consultase á un médico hábil. Espero que me dirá usted la verdad lisa y llana.

— Pero, señora, eso es muy difícil sin haber visto á la enferma. En este caso, el médico mas hábil solo puede dar sus observaciones fundadas en conjeturas.

— Yo le comunicaré á Vd. todas las particularidades necesarias. La conozco mucho, y hace poco tiempo que la he dejado.

— Muy bien, señora, estoy á su disposición; la escucho á usted.

Sentéme delante de ella, echando á mi reló, que tenía en la mano, una de esas miradas de que se sirven con tanta frecuencia el médico y el abogado para avisar que es tarde.

— La persona de que quiero hablarle á Vd. tiene algunos años mas que yo; treinta años con corta diferencia. Pesares recientes y crueles la han agitado mucho y han contribuido á alterar completamente su salud. Ha padecido mucho, muchísimo.

— A su amiga, señora, le habrán salido fallidas tal vez algunas esperanzas que le eran caras; creo adivinar: penas del corazón, ¿no es así?

— Eso será... En efecto, mi amiga tenía un amor muy tierno, bastante antiguo... y muy virtuoso... Debía casarse; pero muchos obstáculos, que parecía difícil alla-

nar, se oponían al cumplimiento de sus deseos. ¿Qué quiere Vd. que le diga? Seria largo de referir; y no quisiera sacrificar nuestra entrevista á una relacion tierna, pero anovelada... Mi pobre amiga sintió que se le embarazaba el pecho. Se temió que no se declarase la tisis... En fin, un accidente horroroso vino á complicar su situación.

Al principio me había levantado y había permanecido en pié delante de la chimenea, con el reló en la mano, creyendo que seria una de esas consultas frívolas á que suelen exponer á los médicos las señoras, y que les roban un tiempo precioso que reclaman los verdaderos enfermos; mas á esta palabra *accidente*, empecé á creer que se trataba de una cosa real, que podria ser útil, y por consiguiente sentéme. La turbación de la jóven me pasmaba. Su narracion estaba poco enlazada, y el interés con que me hablaba de la enferma me parecia muy tierno y profundo para una amiga.

— ¿Qué accidente, señora? le pregunté.

— Una caída, despues de la cual, habiendo quedado tendida en el suelo la persona de que le hablo á usted, le pasó un coche por encima del pecho, y estuvo algunas horas como muerta.

— ¿Se le lastimaron las costillas?

— No, señor; pero ha padecido mucho.

— ¿Escupe sangre?

— Sí, señor; yo al menos así lo creo...

Entonces hizo como que buscaba una carta, en la cual se encontraban pormenores mas circunstanciados; pero observándola mas atentamente, vi que le venian lágrimas á los ojos. Apenas podía conciliar un afecto tan vivo con las primeras palabras de la jóven.

— Permitame Vd., le dije, que eche una ojeada á la carta que contiene los datos necesarios acerca del estado de su amiga de usted.

— Perdóne Vd., repuso. Esta carta contiene algunos asuntos particulares. La he visto hace muy poco tiempo, y puedo darle á Vd. exacta cuenta de su situación.

— ¿Siente dolor en el pecho?

— Sí, señor, en el lado derecho.

— ¿Experimenta algun movimiento de calentura por la noche ó la mañana?

— Sí, señor; y tiene las manos muy calientes entonces. Siente un dolor muy agudo y desasosiego general.

— ¿Está incomodada por una traspiracion abundante?

— Sí, señor, especialmente por la noche.

— ¿Tose?

— De una manera muy dolorosa, segun dice.

— ¿Cuánto tiempo hace que tiene esa tos? ¿Antes ó despues del accidente?

— Si mal no me acuerdo, despues de un año de su matrimonio.

— ¿De su matrimonio! exclamé.

Se había olvidado que me había presentado á su amiga no pudiendo casarse segun deseaba. Reparó que acababa de contradecirse, y su pálido rostro se tiñó de un vivo carmin.

— Me he equivocado... Quise decir un año despues de la época en que debía efectuarse este enlace.

— ¿De qué naturaleza es esa tos? ¿Es muy frecuente?

— Al principio no la incomodaba mucho, pero despues ha estado padeciendo horriblemente.

Veía aumentarse por instantes la palidez de la jóven, y pasó por mi espíritu una sospecha como un rayo por el cielo.

— Vamos, ¡un poco de franqueza, señora! ¿Seria tal vez Vd. misma esa amiga? Ciertamente, parece que está usted indispuesta. Responda Vd., se lo suplico.

Todo su cuerpo temblaba, y su turbacion crecia de un modo visible. Procuró ocultarme esta turbacion, y hasta tartamudeó una nueva pregunta sin sentido. Faltóle bien pronto la voz, y procuró ocultar á mis miradas la turbacion que le agitaba, ó al menos disfrazar su causa.

— Si supiese Vd., me dijo, ¡cuánto me entristece su situación, y cuánto temor me inspira! ¡Ah! ¡señor! ¡Unas prendas tan raras! ¡Una persona tan distinguida! ¡Y si le dijese á Vd. cuánto la amo!...

— Sosiéguese Vd., señora, y prosiga Vd. dándome explicaciones que puedan ayudarme á servir, de un modo eficaz, á la persona que tanto la interesa á usted; vamos, un poco de valor.

— ¡Y bien! repuso, y su voz temblaba todavía; sírvase Vd. decirme francamente su parecer. ¿Tiene Vd. esperanzas?... ¿Hay remedio para ella?

— Todos los síntomas que acaba Vd. de explicar son graves... y peligrosos.

— ¿Y no hay ninguna esperanza? me preguntó con voz tan débil que apenas pude oirla.

— No puedo responderla á Vd. sin verla, sin hablarla, sobre mil pequeños hechos significativos. Tiene sin duda médico.

— Tiene uno... es cierto...

Continuaba en su perplejidad, la que atribuía yo á esa dificultad de decir y sostener una mentira que es inherente á las índoles generosas.

— ¿Le permite, señora, su fortuna viajar, visitar la Italia ó el Mediodía de la Francia? Este seria el mejor consejo que podria dársele.

— Temo que se opongan á ello algunas circunstancias particulares.

— ¿Pero su familia no podria serle útil?

— Su familia no hará nada... nada absolutamente para salvarla.

Entonces agitó sus miembros una convulsion bastante

viva: quiso levantarse de su asiento, pero volvió á en él, y exclamó llorando:

— ¡Ya lo veo; ¡estamos perdidos, estamos perdidos! ¡Oh! ¡mi pobre marido! ¡Todo se acabó, todo, hasta esperanza!

Aumentó la contraccion de sus facciones, y despues de algunos espasmos violentos, sus ojos se cerraron, y cayó en un desmayo del cual pude sacarla con dificultad. Entonces comprendí el inocente artificio de que había echado mano para asegurarse de la verdadera situación en que se hallaba su marido. No volvió en sí sino para derramar nuevas lágrimas y exhalar gemidos que me saaban el corazón.

— ¡Perdon, perdon, caballero! me dijo. Le he engañado á Vd.; yo no estoy acostumbrada á mentir, como puede Vd. ver. Pero apiádesese Vd. de mí; ¡soy tan desgraciada! ¿Por qué, loca de mí, le he pedido á usted todos esos pormenores? ¡Ojalá hubiese permanecido en la ignorancia que me dejaba una vislumbre de esperanza! ¡Oh Dios mio, Dios mio, todo se perdió! ¡Esposo mio, mi querido esposo!

Volvieron á empezar las convulsiones, y estando forcejeando entre los brazos de mi criado, que había comparcido al oír el ruido, cayó al suelo su pañuelo, y rodó por el pavimento una guinea cuidadosamente envuelta en un papel. Algunas circunstancias de su tocado, algunos zurcidos en su pañuelo, y una que otra palabra de su conversacion me habían dejado entrever una pobreza real oculta bajo una apariencia elegante. Volví á atar á un cabo de su pañuelo esta guinea, que era evidentemente el precio destinado para la consulta, precio ganado tal vez por las largas y dolorosas economías de la jóven. Roguéla que subiese á mi coche y me condujese á su casa al momento; mas ella se negó, diciéndome que temia que la aparicion de un médico fuese peligrosa para su marido que se hacia aun ilusion acerca de su estado. En extremo conmovido por esta escena, la hice prometer que al menos vendria á verme, rogándola que dejase para otra vez la paga de mi consulta, que queria absolutamente satisfacerme.

Vamos, me dije á mi mismo cerrando la puerta tras la jóven que se retiraba con paso vacilante: ¡hé aqui otra página sombría que abre ante mis ojos la vida humana! El dolor del cuerpo y del alma, unido al rendimiento inútil y á la virtud desconocida: siempre la continuacion del gran capítulo social; siempre las mismas miserias y la idéntica injusticia sancionadas por la costumbre y la ley.

Algunos dias despues me sorprendió en las inmediaciones de Chancery-Lane uno de esos chaparrones que se suceden casi sin intermision por todo el mes de marzo. Habiendo quedado en mi casa una tarjeta que cayó del pañuelo de la jóven, me dió á conocer que se llamaba Elliott y que habitaba en el número 4 de Took's Court, callejon que desemboca en Chancery-Lane. Como no tenía coche, la violencia del aguacero empecé á calar todos mis vestidos. Pensé que podria refugiarme en una tienda donde quizás lograria algunas noticias acerca de la situación de una persona que me había interesado en extremo, y que debía ser bien conocida del vecindario. Un gran rótulo encarnado, cargado de letras negras, atrajo mis miradas, haciéndome saber que *William Farren* tenía patente para vender de casi todos los objetos de comercio desde el tafetan hasta el bramante. Yo empujé la puerta de la tienda oscura, cuajada de objetos de especeria curiosamente alineados, y cuyo amo, pequeño y cojo, de cara arrugada, acababa de atar cuidadosamente algunos paquetes. Imposible hubiera sido discernir el tabaco y la bugía que se codeaban en aquel tenebroso receptáculo, si no hubiese sido por dos velas que había sobre el contador que lo alumbraban llenándolo de humo. Mi héroe parecia un raton en medio de sus provisiones subterráneas. Pedile permiso para sentarme en un banquillo hasta que hubiese pasado la lluvia, á lo que condescendió urbanamente. Era hablador y no dejaba de murmurar de sus vecinos y vecinas, con tal que se le permitiese de vez en cuando alabar la excelencia de sus bugias y la calidad superior de sus cafés. Apenas le hablé de los *Elliott*:

— ¡Oh! los conozco, me dijo: viven en la calle Took's-Court, número 4; hace no mas que dos ó tres meses que están domiciliados allí. El marido no goza de una salud muy cabal, que digamos, ni su mujer tampoco.

— ¿Sabe Vd. qué hacen, y cuál es su profesion?

— En cuanto á esto, repuso el especiero recogiendo su labio inferior y poniéndose los anteojos sobre su frente calva, como si hubiese querido iluminar su pensamiento, no puedo decirselo á Vd. exactamente. El marido era comerciante, segun creo; tambien ha enseñado la música, y su esposa trabaja á la aguja.

Traía yo en el bolsillo la carta de visita, en que madama Elliott trazaba su nombre, cuyo carácter de letra pequeña y elegante denotaba una educacion esmerada. Me admiré pues de que la misma mano que había formado aquellos caracteres fuese de una bordadora.

— ¿Parece que no son dichosos? repuse. ¿Han tenido desgracias?

— ¿Es Vd. abogado? repuso el anciano guiñando el ojo, y revelando por la inflexion de su voz el horror involuntario que inspira el huir hasta al avariento que á él acude.

— No, ciertamente: le dirijo á Vd. estas preguntas solo por el interés que me inspiran los Elliott. Los conozco apenas: ¿no me decía Vd. poco hace que vivian muy pobremente?

(Se continuará.)



Salida de Méjico de S. E. el mariscal Bazaine, el 5 de febrero de 1867.



El sepulcro de Saint-Mihiel, por Ligier Richier.

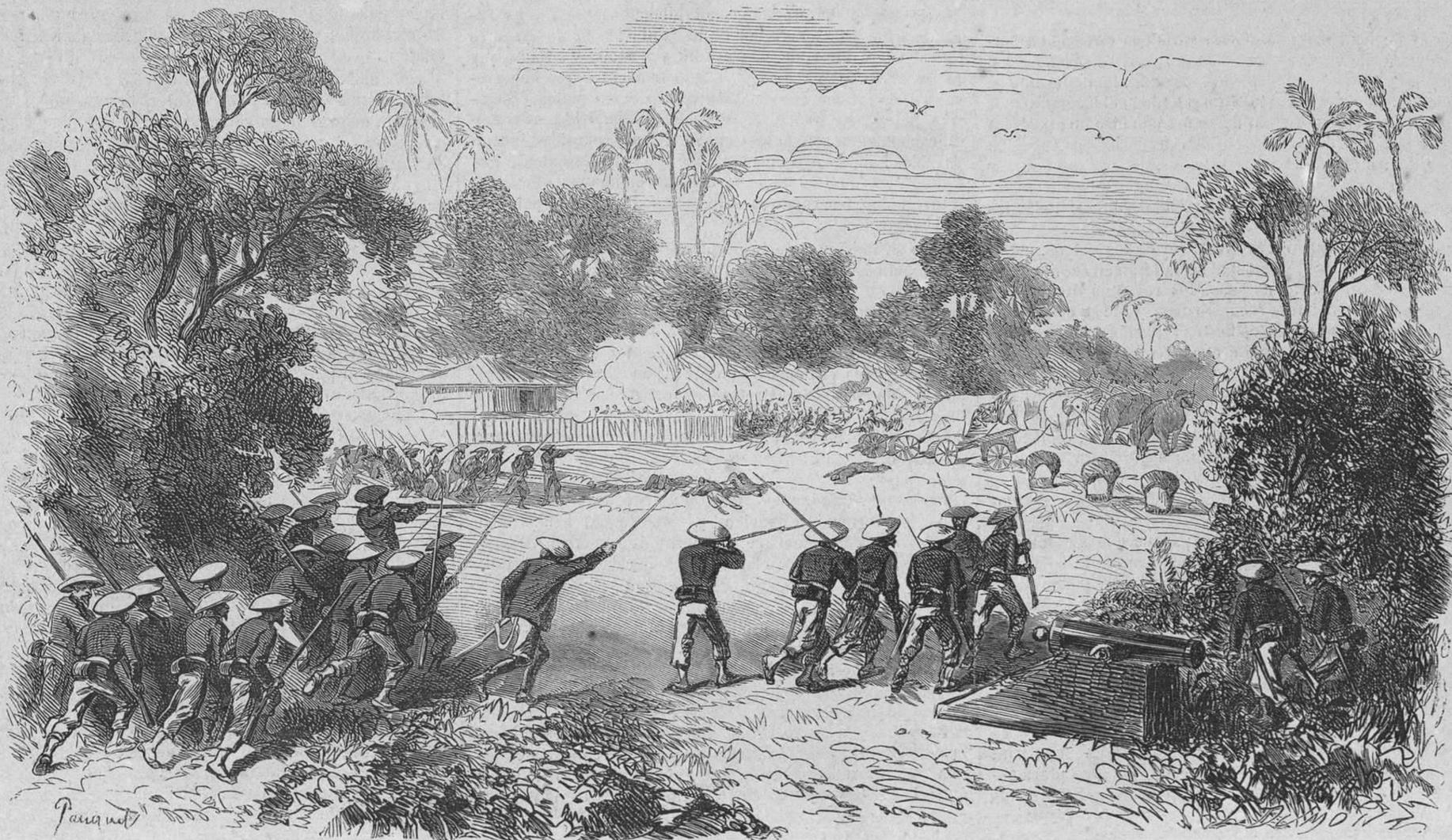
**El sepulcro de Saint-Mihiel.**

Hé aquí una obra magna, digna de figurar en primera línea con las obras magistrales de la estatuaria. El artista que ha compuesto este conjunto imponente,

Ligier Richier, es sin duda poco conocido y no tiene nombre en la historia del arte; pero á nuestro siglo reparador corresponde vengarle de las injusticias del pasado y señalarle el puesto que merece ocupar entre los grandes artistas del siglo XVI.

Gracias á los trabajos de la crítica y á las sábias in-

vestigaciones de D. Calmet y de M. Dauban, se sabe hoy que Ligier Richier nació en Saint-Mihiel por los años de 1500. No tenía mas de diez y siete años cuando hizo el bajo-relieve de Hattouchatel que atestigua ya un talento muy ejercitado. En 1532 la fama de Ligier Richier era muy grande, y las diferentes obras que había com-



SUCESOS DEL CAMBOJE. — Accion de Compen el 7 de enero de 1867.

*Parquet*

puesto le habian merecido el dictado del *mas experto y el mejor obrero de su arte que hubo nunca*.

Esta reputacion hizo que los principes y altos señores encargasen muchas obras al escultor. Pero la creacion que domina todas las obras del artista es seguramente el santo sepulcro de Saint-Mihiel, que se ve representado en nuestro dibujo.

La obra maestra de Ligier Richier se halla colocada bajo una bóveda, en una cripta donde jamás ha penetrado un rayo de sol. La composicion contiene trece personajes agrupados en planos distintos, y cada una de estas figuras ha sido ejecutada con tal perfeccion que no deja márgen á la critica. El dolor aparece ahí pintado con sus mas agudas expresiones. El cuerpo de Jesucristo es una obra que sorprende bajo el doble concepto de la anatomía y del arte. Encima de esta composicion tan admirable se leen estos dos versos:

Quisquis ades. sanetum Christi mirare sepulcrum;  
Sanctius, at nullum pulerius orbis habet.

Todos los que visiten Saint-Mihiel no vacilarán, como nosotros, en colocar á Ligier Richier en el número de los primeros representantes del Renacimiento.

H. C.

### Los sucesos del Cambojé.

Saigon 28 de febrero de 1867.

Hé aquí un sumario de lo mas importante que ha ocurrido recientemente. El 7 de enero una compañía, la 10ª del primer regimiento de infantería de marina, mandada por M. Jeanne Duclos, compuesta de ochenta hombres, salió á operar un reconocimiento con treinta annamitas y una pieza de á cuatro rayada, y encontró á dos mil rebeldes con el Pu-Kombo, pretendiente al trono del Cambojé. El combate se empeñó á las diez de la mañana, y á las doce los franceses con los auxiliares indígenas entraban en el campamento de Pu-Kombo, que huía en desórden, abandonando veinte y tres elefantes y los bagajes.

El Pu-Kombo, que tanto habia espantado á la nueva colonia, se habia adelantado hasta una aldea llamada Compen, á unos doce kilómetros de la capital Pnum-Penh, y aquí es donde sufrió la derrota que le impidió hacer valer sus derechos al trono. Una herida recibida en la frente destruyó el prestigio en cuya virtud se le creia invulnerable.

M. C.

### Revista de Paris.

El rey de los belgas ha dejado Paris con direccion á Berlin, donde debe asistir á las bodas del conde de Flandes con la princesa María de Hohenzollern-Sigmaringen. Durante su estancia en Paris, Leopoldo II ha guardado el incógnito mas rigoroso. La víspera del dia de su marcha hizo una postrera visita á la Exposicion, acompañado del príncipe Napoleon y del príncipe Oscar, el mismo dia en que por primera vez recorria las galerías del palacio el príncipe Nim-bu-Tayou, hermano del taicun del Japon, llamando sobre sí todas las miradas.

Apenas habrá llegado á Berlin el rey de los belgas, cuando ya los soberanos de Portugal se hallarán en camino para Francia. Segun nuestras noticias, los reyes portugueses se detendrán en Madrid tres ó cuatro dias, y allí se celebrarán en su obsequio las siguientes fiestas: gran banquete en palacio; revista militar y convite en el Teatro Real, y por último, baile en palacio, para el cual se están haciendo actualmente grandes preparativos. Tampoco en Paris les faltarán los convites oficiales, pues segun se anuncia, se disponen ya espléndidas fiestas en Tullerías, en el ministerio de Estado, en el de Marina, en el de Agricultura, Comercio y Obras públicas, en el Hotel de Villa, en el Senado, en el Cuerpo legislativo y en el ministerio de Negocios extranjeros.

Entre tanto, la Exposicion y el parque con sus maravillas de toda clase sirven de fiesta permanente á la poblacion de Paris y á los extranjeros que comienzan á llegar ya en proporciones considerables. El domingo y lunes de Pascua la afluencia de visitantes ha sido enorme: no nos asombraría si nos dijeran que entre estos dias penetraron en el Campo de Marte mas de doscientas mil personas. ¡Qué de curiosidades hay que examinar tanto dentro como fuera del palacio! La galería mas atrasada aun, que es la que representa la historia del trabajo en todo el mundo, ofrece ya por sí sola un interés que no puede saciarse en una visita de algunas horas. En esta seccion la España presentará objetos de un gran valor histórico y arqueológico. Entre otras cosas notables que se han traído, y que van á exponerse próximamente, cuando las instalaciones se hallen concluidas, hemos visto nada menos que la espada del Cid, toco y glorioso hierro que la España conserva preciosamente en

memoria del héroe que ganó tantas batallas. Otra preciosidad que hemos visto tambien, es una figurita en madera de san Diego, por Alonso Cano, apellidado con mucha justicia el Miguel Angel español, pintor, escultor y arquitecto, en una palabra, artista consumado. La obra en cuestion es de un mérito imponderable.

Otra galería que llama tambien sobremanera la atencion de los visitantes, es la de las máquinas. Nada mas curioso que examinar en esta galería cómo la madera, el hierro, la lana y los vegetales toman, bajo la direccion del obrero, las formas mas diversas. En algunos instantes se ve fabricar todo el vestido del hombre: primeramente el calzado claveteado, cuyas suelas aplican á la vista de todos; al lado se preparan en máquina los botines elásticos, y hay obreros que cortan el caucho que debe cerrar estos botines. Mas allá se ven las telas de levitas y pantalones, y los fieltros que se convierten en sombreros.

En la seccion de los carruajes se encuentra lo mas cómodo, sólido y elegante que es posible imaginar. Los ingleses tienen en este ramo de fabricacion muestras soberbias. Entre los wagones, llaman particularmente la atencion los de Hesse-Cassel. En los de primera clase hay salones con mesas, canapés y camas. Los del servicio de correos son tambien muy curiosos. A medida que van pasando por las estaciones del tránsito, una máquina deja en la via las malletas que les corresponden.

Las instalaciones de la Rusia, tanto en el palacio como en el parque, son modelos característicos de las construcciones del pais. Todo el maderamen que las constituye ha sido traído de Rusia, y obreros rusos han sido los que las han armado. Las caballerizas del emperador, donde hemos visto unos treinta caballos de tiro y de montar, todos ellos escogidos entre los mejores, forman un edificio digno de ser visitado. Luego hay la casa del labrador ruso, compuesta de un piso bajo donde están los instrumentos de labranza, y un piso alto dividido en dos aposentos, el uno destinado á las ropas, y el otro que sirve de dormitorio, de sala y de cocina. Una estufa inmensa con un horno en medio, ocupa toda la altura de este piso. Unos cuantos platos y cazuelas de barro vidriado, ocupan un estante al lado de la estufa. En un rincon está la cama toda cubierta con un cortinaje que cuelga del techo, y en otro rincon se ve una imagen de la Virgen con una lamparilla. Al rededor del cuarto hay un banco de madera. Las ventanas cerradas herméticamente, nos indican que en estas rústicas chozas se toman bien todas las precauciones necesarias contra el rigor del clima.

La pagoda china no está terminada aun, así como tampoco lo está el gran monumento mejicano; pero en cambio tenemos ya el café moruno, copiado con la mayor exactitud de los establecimientos de este género que existen en Oriente. Los mozos que se ven aquí, moros legítimos, sirven el café en una copita sin platillo, en tanto que una orquesta compuesta de cuatro músicos entretiene mas ó menos agradablemente á los curiosos, segun la dosis de educacion musical que han recibido.

Y á propósito de instrumentos, apresurémonos á consignar aquí el triunfo sin igual de los pianos de Norte-América. Los constructores europeos peligran si despues de haber oido estos maravillosos pianos, persisten en el sistema de fabricacion que tan escasos adelantos ha hecho entre nosotros hasta el dia. Todas las notabilidades musicales de Paris se agrupan en derredor de la exhibicion de los señores Chickering é hijos, de Nueva-York y Boston, y Steinway y Lindemann, de Nueva-York. Los instrumentos que han presentado estos señores se distinguen de los pianos ordinarios, porque en ellos el artista puede obtener todas las modificaciones del sonido con una limpieza y sonoridad incomparables: no se oye un piano, se oye verdaderamente una orquesta. Todos los dias hay artistas eminentes que tocan estos pianos, excitando la admiracion de cuantas personas se acercan.

Otra exhibicion se está preparando en el parque por el señor ministro de la Guerra, que por cierto no dejará de ser chocante en medio de las maravillas de la industria. Aquí veremos reunidas todas las armas que se conocen, y que estarán expuestas en un campamento de tropas en campaña. Con esto entramos de lleno en la cuestion del dia, que es mas que nunca el temor de una próxima guerra. Si; á pesar de las innumerables distracciones que ofrece la Exposicion universal, los parisienses tienen fija la vista en Alemania, de donde se espera con ansiedad el desenlace de la cuestion pendiente. M. de Bismark es el héroe del dia, y no solo en Paris, sino en Berlin mismo, su nombre tiene una significacion singular que implica todo un mundo de reticencias. En suma, es un nombre mágico, y esta semana hemos leído una curiosa correspondencia de Berlin inserta en la *Independencia belga*, que señala ciertas particularidades anecdóticas respecto de este personaje, que merecen ser conocidas.

M. de Bismark ha mandado colocar al pié de la escalera de su casa dos grandes esfinges que imitan el bronce, acurruadas y en actitud meditabunda. Ahí están desde el principio de la cuestion del Sleswig-Holstein y todos los que las ven se preguntan qué enigma es el que proponen á los Edipos de la diplomacia.

El teatro y la caricatura se han apoderado de este hombre de Estado, y verdaderamente sacan buen partido. En una caricatura le representan dando una leccion de baile á M. de Beust y vestido con un gaban de funámbulo. Actualmente ejecutan una comedia que hace furor y que se titula *los Quinientos mil diablos*, donde hay un cuadro intitulado *el Parlamento del Norte de la China*. Trátase aquí de confederar á todas las provincias setentrionales del Celeste

Imperio y de coaligar todos sus fusiles de aguja contra unos vecinos que aparecen muy peligrosos, los tártaros — *Franchu*.

El Omnipotente ministro del hijo del Cielo ha convocado pues y reunido en una especie de pagoda á los elegidos por el sufragio universal, y sacando un cartapacio les lee el primer artículo de su constitucion, suplicándoles que voten inmediatamente.

— ¿Leído y adoptado, no es verdad?

— ¡Espacio! exclama un mandarin opositorista.

Y este mandarin introduce el desórden en la asamblea; todos gritan y se revuelven, hasta que por fin el ministro se incomoda y hace una señal terrible, á la cual baja del techo del escenario un enorme casco prusiano que pone como debajo de un fanal á todo el parlamento.

Nada mas abundante hoy en Berlin que las caricaturas filosóficas acerca de la guerra, y tambien sobre M. Dreyse, el inventor del fusil de guerra, que querría ofrecer á su pais un arma propia para exterminar á todo el mundo, y que medita sus perfeccionamientos en el valle de Josafat.

Y sin embargo, ni las caricaturas ni las protestas mas serias, directas ó indirectas de la opinion, consiguen dar un rumbo mas pacífico á las cosas políticas.

Hace algunas semanas hablamos á nuestros lectores del proyecto de ley presentado al Cuerpo legislativo para acordar á M. de Lamartine la suma de 400,000 francos á titulo de recompensa nacional, y con efecto, sin discusion alguna, y oido el dictámen de la comision, la Cámara ha votado favorablemente. Este dictámen, redactado por M. Emilio Ollivier contiene apreciaciones sobre la influencia del talento de Lamartine en las ideas y progresos del siglo, de que vamos á hacernos cargo brevemente. Segun M. Ollivier, no hay siglo mas grande que el nuestro; pues apenas ha pasado de su primera mitad y ya ha cumplido en todas direcciones obras memorables. Ahora bien; ¿entre los hombres que han brillado en él hay muchos que puedan compararse con Lamartine? ¿Hay muchos que hayan contribuido mas á la grandeza comun?

M. Ollivier responde de este modo á sus preguntas:

« Por una intuicion del genio, y tambien como si la Providencia hubiese querido marcar desde luego los destinos que le reservaba, Lamartine se dió á conocer como poeta. Despues de las prolongadas peripecias y de las sangrientas luchas de la revolucion y del imperio, lo que sobre todo se deseaba era el consuelo del corazon; ¿qué son los poetas sino consoladores? Entonces no habian cantado aun Victor Hugo, Vigny, Musset, ni Laprade, ni ninguno de los que han sido posteriormente nuestra delicia y nuestra fiesta. La poesia era árida, abstracta, declamatoria ó pretenciosa; y por esto seria imposible exponer cuáles fueron el asombro, la emocion, la alegría y el entusiasmo que se declararon por todas partes á la aparicion de las *Meditaciones*, y de todos aquellos poemas sublimes y suaves, familiares y nobles que serán tan eternos como la primavera, la juventud, la alegría, el dolor y la esperanza. En aquellos dias se olvidaron los trágicos recuerdos y todos se abandonaron de nuevo á la embriaguez de la existencia. *Jocelyn* principalmente, quedará como uno de esos libros selectos, que las madres transmiten á sus hijos, que se leen con ternura al entrar en la vida, y que se vuelven á leer con ternura igualmente en el ocaso, cuando el corazon está sumido en la amargura de los recuerdos; que calman en la afliccion y en la felicidad, dilatan...

» Sin embargo, Lamartine no es solo un poeta. Mazarino ha dicho que « quien tiene corazon lo tiene todo, » y Lamartine, cuando hubo conquistado el corazon de la Francia, aspiró á mas todavía. Fué diputado, orador, historiador, publicista. Para expresar sus sentimientos empleó una lengua que marcó su puesto al lado de Racine, y para expresar sus ideas se sirvió de otra que le colocó entre Bossuet, Fenelon, Rousseau y Chateaubriand. Antes de Lamartine la poesia francesa no habia tenido la amplia flexibilidad, la penetrante sonoridad que él supo darla; y tampoco nuestra literatura conocia esa prosa opulenta, á la vez espontánea y firme no obstante sus abandonos, rápida y nutrida no obstante sus descuidos, precisa y elegante, donde se destacan alternativamente la palabra enérgica, la uncion, la gracia, lo pintoresco, en medio de una abundancia, de un movimiento que apenas Ciceron ha conocido.

» Los procedimientos en cuya virtud influyen los oradores sobre los hombres reunidos son muy diferentes. Los unos arrastran por el ímpetu ó la profundidad de la pasion, los otros por las gracias del decir ó la fácil claridad de su relato; otros por la armoniosa perfeccion del lenguaje y la sostenida belleza de la diction; estos por la fuerza de la dialéctica; aquellos por la prontitud y oportunidad en la replica; unos instruyen, otros divierten, otros enternecen; este se insinúa, aquel se impone, y finalmente, de tiempo en tiempo se producen algunos que saben emplear alternativamente todos estos medios, segun el auditorio, el asunto y la época.

» Lamartine hechizaba por la grandiosa serenidad de sus ideas y por los poéticos esplendores de su imaginacion. Mas solemne y grave que patético, se adelantaba con una majestad que habria sido monótona, si no hubiese introducido en el pensamiento la animacion que faltaba á su accion oratoria, un tanto uniforme. En él, lo mismo que en Craso, el célebre orador de Roma, el esfuerzo estaba en el alma y no en la voz. Así es que sus arengas no perecerán, resistirán al tiempo, y la posteridad no se cansará de admirar estas obras maestras, pues en ellas encontrará una sensatez que se eleva hasta el lirismo.

» Como el orador y como el poeta, el historiador no fué otra cosa que una preparacion para el hombre de Estado. Aquí seria menester extenderse mucho, y á mí me es imposible. Hay monumentos cuyas bellas proporciones no se descubren, sino á cierta distancia, y lo mismo sucede con los hombres ilustres de la política : únicamente la muerte les coloca á la distancia desde donde se ven del modo conveniente para ser juzgados. »

M. Emilio Ollivier no entra en detalles sobre la vida pública de Lamartine; pero dice lo bastante para justificar el título que le da de « creador de una escuela política digna de los mayores elogios : la de la magnanimidad y la grandeza de alma. » La conclusion es muy notable. Despues de pedir á los diputados que aprueben unánimes el proyecto de ley, añade :

« ¡ Ah! si cada uno de vosotros pudiera penetrar, aun cuando no fuese mas que un instante, en esa triste morada adonde la multitud no se dirige ya hace mucho tiempo, cuyos umbrales solo atraviesan los amigos fieles, y algunas nobles señoras que brillan allí como el rayo consolador de las últimas horas; si pudiérais contemplar, inclinado bajo los golpes que le asesta la mano de los hombres, mas aun que el peso de los años, sin reposo y sin alegría, esclavo de un trabajo incesante, atormentado por los cuidados y las ansiedades, al hombre á quien han rodeado tantos esplendores, que ha hecho palpitar á tantos corazones y derramar tantas lágrimas; al que tantas bocas han aclamado y han aplaudido tantas manos, estoy seguro de que sean cuales fueren vuestros escrúpulos y vuestras quejas, las olvidarias y no habria lugar en vuestras almas conmovidas, sino para una dolorosa emocion, que os haria acordar por simpatía hácia tal infortunio, lo que otros como vuestro relator os piden en nombre de una admiracion respetuosa y agradecida. »

Votado ya el proyecto de ley, M. de Lamartine ha dirigido á M. Ollivier una carta que es la expresion de una gratitud profundamente sentida.

La semana santa de 1867 ha sido tan fecunda en conciertos como de costumbre. El teatro Italiano aprovecha las noches del juéves y del sábado para dar conciertos espirituales á los que asiste la misma concurrencia que aplaude á la Adelina Patti. Nada mas chocante, á nuestro juicio, que oír en un teatro las inspiraciones religiosas de Schubert, Haydn y Rossini. Este año hasta hemos tenido fragmentos de una misa compuesta por el príncipe Poniatowski, lo que nos parece tan contrario al lugar en que se ejecutaba, como oír en el órgano de una iglesia motivos del *Trovador* ó la *Traviata*. Pero es verdad que Paris no podria prescindir de toda clase de espectáculos ni aun por un dia, y esto explica la boga de los conciertos llamados espirituales.

A propósito de la Adelina Patti, tenemos que decir que ya se ha despedido de nosotros hasta la próxima temporada. No obstante los esfuerzos del empresario, ha sido imposible rescindir la contrata que la obliga á estar en Lóndres á principios de mayo; y como faltando la Patti, falta el alma de la compañía, resulta que el teatro se cierra, cuando se prometia inaugurar una nueva temporada que habria sido muy fructuosa. Supérfluo nos parece añadir que se ha hecho á la jóven prima donna una ovacion de las mas extraordinarias en la noche de su despedida; sus admiradores esperan que no la olvidará, y que terminado su ajuste en Lóndres volverá á este teatro de Paris, donde tan grande y tan sostenido es el entusiasmo que despierta.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

AL MORIR LA TARDE.

Adios, adios, antorcha luminosa,  
Ya va á alumbrar nueva region tu luz,  
Y á arrancar, siendo aurora de otro mundo,  
A sus tinieblas tristes el capuz :

Y mañana al volver serás el alba  
Que vida prestarás y claridad,  
Y esa region inmensa que alumbrabas  
Sumida quedará en la oscuridad.

Así es la vida ¡oh sol! así radiante  
Como tu hermosa aurora ella brilló  
En los dorados sueños que forjaba  
Mi tierna juventud que ¡ay! ya pasó.

Mis sueños juveniles ¿ dónde fueron?  
Mis gratas ilusiones ¿ dónde están?  
Cual tus bellos colores desaparecen  
Y en el mar del olvido se ahogarán.

Y entonces solamente en mi memoria  
Hallaré los recuerdos de un ayer,  
Melancólico y dulce cual los tintes  
Con que bañas el cielo al fenecer.

LA HIJA DEL DAMUJÍ.

Salve á María.

¡ Dios te salve, Virgen pura!  
Fuente abundante de eterno amor.  
Sol un oasis que de la altura  
Del cielo, irradia su resplandor.  
¡ Eres la Reina de la hermosura!  
¡ Eres la Madre del Redentor!

¡ Dios te salve, Inmaculada!  
El afligido te halla doquier.  
De tus pupilas en la mirada  
La aurora toma su rosicler.  
¡ Eres amante y al par amada:  
La mas amada del alto Sér!

¡ Dios te salve, Peregrina!  
Faro luciente de salvacion,  
Que el borrasco mar ilumina.  
Fúlgida estrella de la creacion.  
¡ Eres del hombre la luz divina!  
¡ Eres del mundo la perfeccion!

¡ Dios te salve, mi Esperanza!  
En el desierto palma gentil.  
En la tormenta paz y bonanza.  
Inmarchitable flor del pensil.  
¡ A lo infinito tu gloria alcanza,  
Pues escogida fuiste entre mil!

¡ Dios te salve, Madre mia!  
Amparo y guia del pecador.  
A lo creado das armonía,  
Consuelo al triste, tregua al dolor.  
Tu nombre al cielo causa alegría.  
Tu nombre al mundo llena de amor.

AURELIANO RUIZ.

Los puertos militares de Francia.

CHERBURGO.

RESÚMEN HISTÓRICO.

Aunque se ignora la época fija de la fundacion de Cherburgo, es muy cierto que el origen de esta ciudad es antiquísimo.

Unos dicen con Froissart, que César fundó Cherburgo cuando quiso conquistar la Gran Bretaña, en tanto que otros atribuyen su creacion á Titurio Sabino, su capitán, encargado de someter á los Unelli. Vauban halló en 1686, en las murallas del antiguo castillo, trozos de fábrica evidentemente romano. Varias piezas con la efigie de César, recogidas en los escombros del mismo edificio, prueban igualmente que la ocupacion romana existió allí desde los primeros tiempos de la conquista.

Por otra parte, hay escritores que designan como fundador de Cherburgo á Chariberto, hermano de Dagoberto I, lo cual es poco admisible, en razon á que la provincia de Normandía no pertenecía á este príncipe que reinaba en el Mediodía de la Francia.

Finalmente, Tomás Corneille, Scaliger y otros, piensan que Cherburgo es el Coriallum del itinerario de Antonino, de la carta de Peutinger, y que su origen es gallo, fundando esta opinion en que ha habido medallas muy anteriores á la época de los Césares, que han sido descubiertas en 1688, no solo en las demoliciones del castillo fuerte, sino en una urna sepultada bajo una de las rocas del Roule, con esta inscripcion griega :

Nicomedes, rey de Epiro.

EL DIQUE.

Habíanse propuesto formar el dique de dos partes iguales separadas en medio por un paso de 400 toesas, proyecto abandonado en 1787 sobre el informe de una comision, cuyas conclusiones se adoptaron, y entonces dieron al dique el trazado que conserva.

Empéro faltaba determinar el modo de ejecucion de las obras, para lo cual se presentaron tres proyectos: el comandante de la Bretonniere y M. Lefevre, ingeniero de Caen, querian echar á pique, para formar el núcleo del dique, cascos de buques viejos llenos de piedras, y que sobre esta línea se desparramaran sucesivamente bastantes piedras perdidas para formar allí una especie de montaña submarina. El director de ingenieros de Caux, consultado sobre este proyecto, le combatió, y propuso disponer desde luego en el fondo del mar unas arcos de fábrica, á fin de crear á la entrada de la rada una isla artificial en la que elevarian un fuerte, reservándose aprovechar, para la construccion de lo restante, la experiencia adquirida en esta primera obra. Esta idea no prevaleció, y los célebres conos inventados por el ingeniero Cessart, obtuvieron la mayoría de los sufragios.

La historia del dique se divide en tres periodos distintos: aquella en que prevalecieron los conos de Cessart sobre el sistema del comandante de la Bretonniere, preferencia dada á lo extraordinario en detrimento de lo sencillo; la de la vuelta á este sistema de las piedras perdidas, tan eficazmente aplicado por M. Cachin en toda la parte no emergente del dique, modo presentado por Napoleon I, adoptado sobre las proposiciones de M. Fouques-Duparc, y seguido por este distinguido ingeniero y por su sucesor no menos hábil, M. Reibell.

En punto á trabajos hidráulicos, nada en la antigüedad ni en los tiempos modernos puede compararse con el dique de Cherburgo. Esta obra ha costado aproximadamente :

En tiempo de Luis XVI. . . . .	31.000,000 fr.
— de Napoleon I. . . . .	7.580,693
— de Luis XVIII y Carlos X. . . . .	398,575
— de Luis Felipe. . . . .	20.522,425
— de la república. . . . .	6.004,405
— de Napoleon III. . . . .	4.696,677
Total. . . . .	67.199,475 fr.

EL ARSENAL.

La rada primeramente, y luego el puerto, tal era la conclusion de la Memoria entregada por M. de la Bretonniere á M. de Sartines en 1777. La comision nombrada por la ley del 4º de agosto de 1792, diez dias antes de la caída de la monarquía, concibió por primera vez la idea de ejecutar simultáneamente un dique insumergible y un puerto. Su plan difiere muy poco del que se adoptó oficialmente.

Por un decreto del 15 de abril de 1803, se ordenó la construccion, en la rada de Cherburgo, de un antepuerto capaz de contener diez y siete navios de guerra. El mismo decreto disponia que este cuerpo seria completado ulteriormente por una dársena construida detrás de las otras dos, y con capacidad para veinte y cinco navios. Todo esto era idéntico á lo que contenia el plan de la comision de 1792; y en cuanto á sus proposiciones para robar el puerto al mar por medio de diques, se desestimaban por completo.

En todo el año 1813 se dió por terminado el antepuerto militar.

Napoleon, que á la sazón se hallaba en Sajonia á la cabeza del ejército, no pudo estar presente á la inauguracion de la obra; pero la emperatriz, regente del imperio en su ausencia, pasó á Cherburgo para asistir á este grande espectáculo.

Poco tiempo despues del establecimiento del antepuerto, el 12 de octubre de 1813, el primer navio construido en Cherburgo fué botado á las calas Chante-Reine, y conducido inmediatamente al nuevo dique, llamado puerto Napoleon, donde no habia penetrado todavía ningún buque. El 10 de noviembre siguiente entró en el mismo dique el *Duguay-Trouin*.

No solo la Restauracion encontró en 1814 el antepuerto de Cherburgo enteramente concluido, sino que halló la primera concha á flote comenzada. Esta concha se halla situada al Norte del ante-puerto, del que la separa un terraplen de unos 39 metros de ancho. Terminada en abril de 1819, fué inaugurada el 25 del mismo mes en presencia del delfin, gran almirante de Francia.

La conclusion de la concha Carlos X, de las cuatro calas de construccion y de la forma, colocadas al Sur del ante-puerto, resúmen todos los trabajos efectuados en el arsenal de Cherburgo por la Restauracion.

La historia del antiguo Cherburgo demuestra claramente cuánta necesidad tenia el nuevo arsenal de estar bien defendido. Así ha sido que, desde el tiempo de Vauban, las obras de las fortificaciones han marchado de frente con las del establecimiento marítimo.

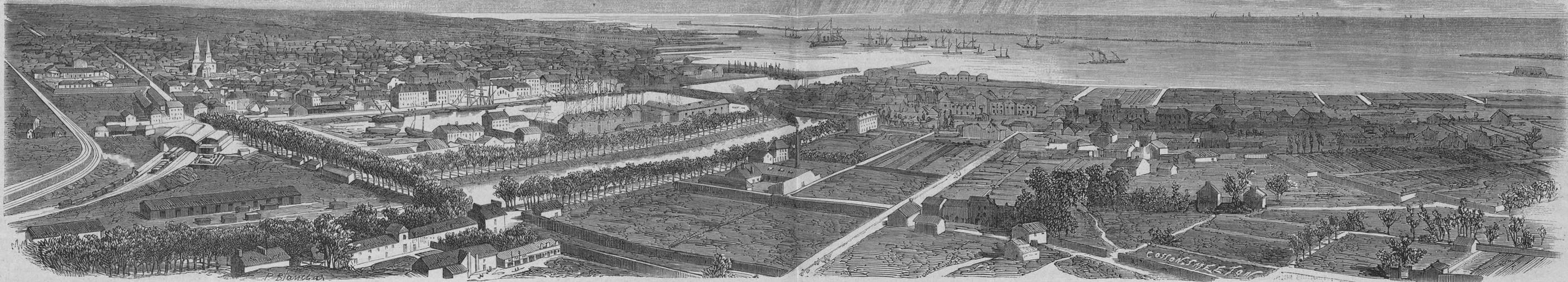
En cuanto hubo comprendido Napoleon I la importancia de Cherburgo, ordenó que á toda prisa elevaran en torno del puerto fortificaciones cuyo dibujo trazó á su gusto. Mas solo en 1838, y al cabo de largos debates, los departamentos de Guerra y Marina se pusieron de acuerdo acerca del plan definitivo de las fortificaciones. Los nuevos límites señalados al recinto, elevaron la superficie del puerto de Cherburgo á 850,000 metros cuadrados.

Entonces se dió un gran impulso á todas estas obras, á cuya cabeza estaba M. Reibell, ingeniero tan enérgico como entendido.

Las principales obras que se emprendieron y acabaron en el periodo comprendido entre 1830 y 1848, son las siguientes: los talleres de fundicion, máquinas y fraguas de Chante-Reine; los talleres de las fraguas del Norte y de la calderería, al Oeste de la concha Carlos X; el taller para montar las máquinas de vapor y los grandes edificios ocupados por la direccion de los movimientos del puerto.

Las obras que se principiaron y se adelantaron mas ó menos en este periodo, son: la demolicion de las antiguas fortificaciones que envolvian el arsenal; la construccion de las nuevas; el establecimiento de la concha de varada de Chante-Reine; la cerca de la marina; el canal de agua dulce hácia el arsenal; las gruas de desembarque; el cuartel de infantería de marina; el edificio de la mayoría; la casa de detencion; los talleres de maderas; la direccion de las obras hidráulicas, y en fin, los establecimientos de la artillería de marina, y la apertura de la segunda concha.

Su Majestad el emperador Napoleon III, que en 1850 visitó, como presidente de la república, el puerto de



PUERTOS MILITARES DE FRANCIA. — Cherburgo: Vista general de la ciudad y del puerto.

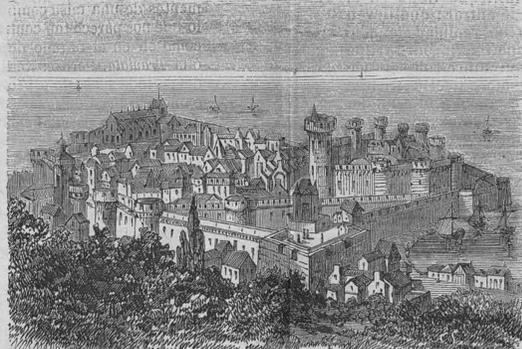


Entrada principal del arsenal: Puerta del Mediodía.

Cherburgo, y pudo apreciar la alta importancia de la obra comenzada bajo el primer imperio, no tardó en imprimir una nueva actividad á estas grandes obras.

El 1º de enero de 1858, los trabajos de la segunda concha y de sus anejos estaban muy adelantados, habiendo gastado ya el gobierno imperial en esta obra inmensa la suma de 23.700,000 francos.

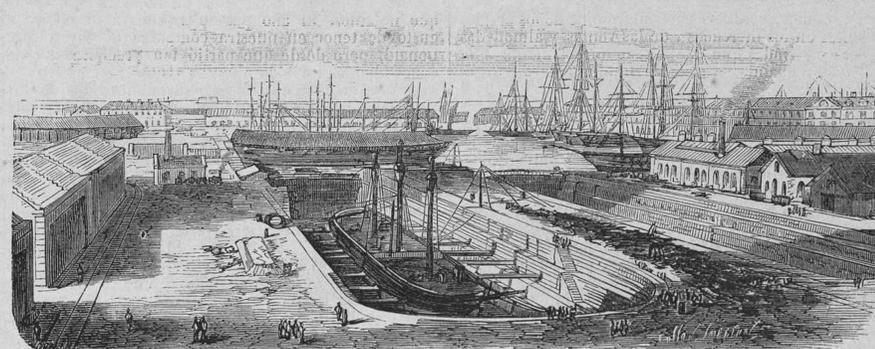
El 4 de agosto siguiente, SS. MM. el emperador y la emperatriz, que habían salido la víspera del palacio de



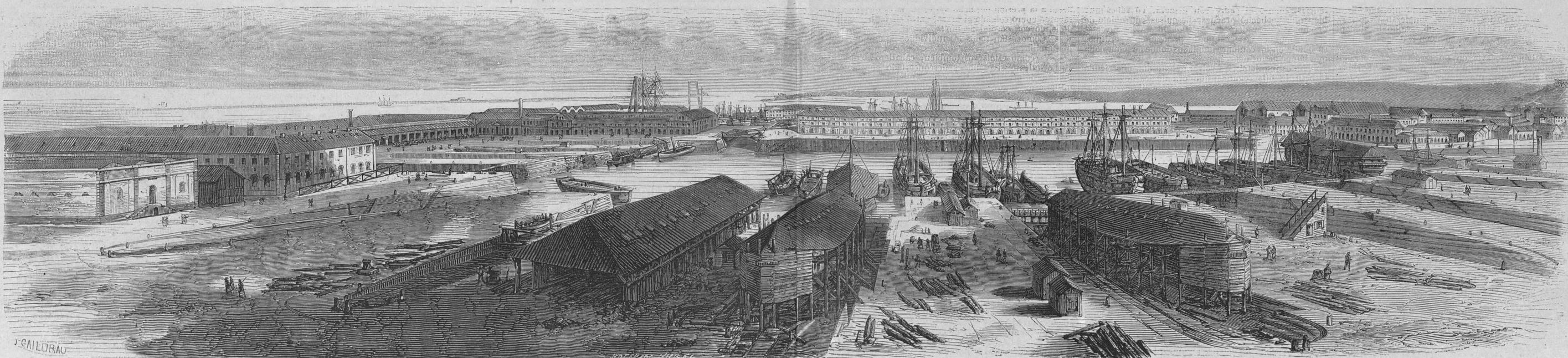
Cherburgo en el siglo XVII.

Saint-Cloud con dirección á la Normandía y la Bretaña, llegaron á Cherburgo, donde les esperaba un recepción entusiasta. En aquella época tuvo lugar la memorable visita que hizo la reina de Inglaterra en este puerto al emperador, en medio de las ovaciones mas ardientes.

El 7 de agosto se efectuó la bendición solemne de la segunda concha, que tomó el nombre de concha de Napoleon III. Después de las preces de la Iglesia, el emperador, dando el brazo á la empera-



Una cala seca de la concha llamada de Napoleon III.



Vista general del interior del arsenal.

triz, bajó la escalera de honor seguido de un imponente séquito, y colocó las monedas y medallas del reinado en la excavación preparada para este fin, sellando luego con el martillo la piedra que cubría el orificio. Sobre la piedra sellada que el agua del Océano cubre sin duda para muchos siglos, se grabó la inscripción siguiente:

«Esta concha decretada en 1803, bajo el reinado de Napoleón I, fué comenzada en 1836, concluida en 1858, é inaugurada el 7 de agosto en presencia del emperador Napoleón III y de la emperatriz Eugenia.»

» El almirante Hamelin, ministro de Marina.»

En esta breve reseña no hemos podido hacer mas que trazar á grandes rasgos la historia de las obras gigantes que han robado al Océano este admirable puerto. Pero no hay que creer que los establecimientos marítimos de Cherburgo se hallen completamente acabados.

Actualmente se encuentran en curso de ejecución: las fraguas de armamento, el nuevo hospital marítimo, las obras de distribución de aguas de Divette, para hacer mas abundante la provisión de agua dulce que tiene el arsenal, y finalmente, los muelles y cercanías de la nueva prefectura, cuyos planos acaban de someterse á la aprobación de S. E. el ministro de Marina.

Estas últimas obras completarán el gran arsenal de Cherburgo. D. B.

## Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÄCKER.

(Continuación.)

Su padre, apoderándose de los periódicos, siguió el ejemplo, porque además de las noticias del país natal que les ponían al corriente de los asuntos políticos, había también en ellos noticias de Adelaide y de Melbourne, donde se trataba particularmente de los precios corrientes en los mercados, de las ventas y almonedas públicas y privadas que interesaban directamente á la familia, aun cuando se trataba simplemente de negocios materiales.

— Toma, Jorge, dijo M. Powell despues de haber recorrido durante algun tiempo las columnas del periódico que tenia en la mano; los caballos valian doce libras esterlinas en el último mercado de Melbourne y Adelaide. Nosotros debiéramos haber enviado una manada de los nuestros.

— El ganado parece que ha sufrido alguna baja, contestó Jorge alargando el periódico á su padre. Ahí veis que los vaqueros se han visto obligados á vender una vacada á una libra diez chelines por cabeza.

— Serian probablemente bestias muy ruines, replicó el padre, bestias que se envían en gran número y que conducen al mercado medio muertas de hambre. Si enviáramos allá nuestras vacas, estoy seguro que sacaríamos mejor partido.

— Sí, pero con la condicion de que llegasen en buen estado, repuso Jorge; desgraciadamente en el camino hay muy pocos pastos, y sea dicho de paso, nadie puede asegurar lo que haremos si no llueve pronto. Los abrevaderos, aun los de los pantanos, empiezan á secarse, y la yerba escasea tanto que los pobres animales tienen tiempo bastante para ayunar solo con ir desde una mata á otra.

— No estamos todavía en un caso tan desesperado como quieres suponer, dijo Powell riendo. Las harinas están en alza, y esto me admira, porque han partido para Sidney algunos buques cargados. El azúcar parece que no está tan caro como hace un mes.

— Lo mismo sucede con el vino, continuó Jorge. Me alegro de que Colás haya hecho una provision regular.

— ¡Hola! aquí hay una noticia interesante. El vagabundo de los bosques ha vuelto á aparecer, exclamó de pronto el padre recorriendo la primera página de un periódico que acababa de coger.

— La policía á caballo le seguirá bien pronto la pista, observó Jorge ladeando la cabeza y cruzando las piernas. Esos bribones caerán en manos de la justicia el día menos pensado.

— Jack London, por otro nombre Murphy, conocido por el apodo de Bridol, continuó M. Powell leyendo en alta voz... Hé ahí un hombre agobiado por una cáfila de motes... ha huido de la tierra de Van Diemen con tres camaradas suyos, á bordo de un pequeño cutter; esos miserables, según indicios, han naufragado en la costa. London se trasladó en seguida á Adelaide, donde ha cometido varias fechorías: fué preso y nuevamente escapó. A estas horas se ha puesto precio á su cabeza y se ofrecen por ella cien guineas. También creo que la policía debe buscarle con mucha actividad. Cien guineas es una bonita cantidad para un *policemen*.

— En la ciudad se han cometido un sinnúmero de robos, contestó Jorge. Aquí en este periódico se inserta la relacion.

— No me gustaria vivir en una gran ciudad, añadió Sarah lanzando un profundo suspiro, pues allí creo que se encuentran las gentes mas malas de la colonia. Me

parece que no podria dormir tranquila ni una sola noche; temeria siempre ver entrar ladrones en la casa, ó cuando menos cualquiera otra desgracia.

— Tú estás ahora acostumbrada á la vida tranquila y retirada que pasamos aquí, hija mia, le dijo su padre con cariño, y del mismo modo te acostumbrarias bien pronto al ruido, al movimiento y á la actividad de las ciudades. Mucho mas, te creerias segura... Cuando estábamos establecidos en Sidney, hace siete años, recuerdo que estabas allí muy contenta, y creo que te acordarás también del miedo que pasaste aquí al principio, á causa de un ataque proyectado, ó cuando menos anunciado, de los indigenas; y sin embargo, ya ves que jamás nos han molestado.

— ¡Oh, John, no hables de eso! exclamó mistress Powell aterrizada. Pues qué, ¿acaso estamos hoy mas seguros que hace siete años?

— ¡Oh! seguramente, repuso M. Powell sonriendo, porque no solo tenemos tres hombres mas en la granja, sino que también nuestros hijos han crecido y han aprendido á domar un caballo y á manejar un fusil. Bien valen ellos por seis hombres para nuestra defensa, y los estimo en mas que una tribu entera de los cobardes naturales de este país. En el día no abrigaria ningun temor aunque me viera atacado por sesenta de esos descreídos. Y por otra parte los australios tienen tal miedo á sus genios maléficis, que no se atreverán á intentar un ataque en la oscuridad.

— No obstante, algunas veces, cuando toda nuestra gente está trabajando en el bosque, una extraña impresion de terror se apodera de mí, dijo mistress Powell. ¡Oh! cuando miro esas cartas y pienso en la seguridad de que gozan los que las han escrito...

— Yo no sé por qué de algun tiempo á esta parte te has vuelto tan miedosa, advirtió M. Powell sonriendo y esforzándose en tranquilizar á su esposa; esto será tal vez porque vivimos mas solitariamente que de costumbre. A excepcion de algunos buhoneros que tienen su puesto de honor en la cocina, no recibimos ni una sola visita, y el camino está al parecer enteramente olvidado por los viajeros.

— ¡Quién quieres que se aventure á atravesar estas lejanas soledades! repuso la buena señora sacudiendo la cabeza. Alguna vez, y hasta puede suponerse que por casualidad, algunos mayores que conducen ganado, ó un herbajero en busca de nuevos pastos se dirigen hácia este lado; pero esas gentes no pueden suplir la falta que notamos. El año pasado tuvimos á lo menos el gusto de tener en nuestra compañía al jóven Mac-Donald, pero desde que partió tan precipitadamente, apenas hemos recibido ninguna visita.

— Y yo añadiré que es muy extraño, replicó M. Powell dejando caer el periódico que tenia en la mano, que Mac-Donald desapareciera con tanta precipitacion, sin habernos avisado su propósito, y lo que es mas, sin dejarnos ninguna indicacion del sitio adonde se trasladaba. Yo empiezo en verdad á temer que cayera en manos de algunos *vagabundos* de los bosques; hasta me acuerdo que en aquella época lei cierta relacion muy completa sobre algunos de esos perillanes. De todos modos, nuestro amigo Mac-Donald no parecia muy dispuesto á dejarse robar impunemente.

— Yo temo mucho mas todavía que haya caido en manos de los negros, añadió Bill, jóven adolescente de rubio cabello, ojos azules, fisonomia franca y honrada, y cuya tez estaba enteramente tostada por el sol. Si estuviera seguro de que eso haya sido así, yo les haria pagar bien cara á esos perros negros la muerte de mi amigo.

— ¡Oh! Los negritos son inocentes en estas circunstancias, repuso el padre con firmeza. Tú sabes muy bien que he hecho practicar pesquisas con objeto de descubrir el paradero de Mac-Donald en las diversas granjas que hay en el camino, y precisamente perdimos su huella en los cantones habitados donde no tenia nada que temer de los negros.

— No os inquieteis, ya volverá algun dia, dijo riendo Lisbeth, la hija segunda, que era de las dos la mas agraciada. Partió para facilitarse ciertos libros que Sarah deseaba leer, y como es probable que no los habrá encontrado en Melbourne, sin duda habrá ido hasta Inglaterra á fin de poder elegir mejor. En este último caso apenas tiene tiempo para estar de vuelta.

Sarah escuchaba la conversacion sin tomar en ella la menor parte; sus miradas vagaban por las columnas del periódico que tenia en la mano, y al oír la burlona alusion de su hermana, sus megillas, que al principio estaban pálidas, se cubrieron de ligero carmin.

Sarah era una encantadora flor de las selvas, bella como la dulce luz del sol, cuyo rostro adornaban dos grandes ojos castaño-oscuro llenos de expresion. Apenas conocia otro mundo que el de las selvas, porque habia salido de Inglaterra siendo todavía muy niña, y habia habitado en Sidney con sus padres durante algunos años, y desde allí se habia trasladado con ellos á las regiones mas apartadas de la civilizacion australica. Por esto mismo su corazón guardaba pocos recuerdos á los que pudiera estar ligada, pero cuando llegaba el caso se adheria á ellos fuertemente. Una de las mas agradables épocas de su vida habia sido aquella señalada por la aparicion de un jóven, procedente de Melbourne, que fué á pasar unos quince dias con su familia. Aquel arrogante jóven partió súbitamente y no se supo nada mas de él. La chanza de Lisbeth no carecia sin embargo de fundamento. Sarah habia manifestado al parecer deseos de obtener algunos libros que la distrajeran en su soledad, entre otros el *Lallah Rook* de Tomás Moore, y la *Dama del Lago* de Walter Scott. Este

era el motivo por el cual Mac-Donald, por un sentimiento de galanteria caballeresca, habia abandonado la granja y partido á caballo para la ciudad mas lejana de la colonia. En honor de la verdad, es menester decir que habia ofrecido estar de regreso á mas tardar dentro de ocho semanas; pero habia trascurrido ya mas de un año, y todas las pesquisas practicadas para averiguar qué habia sido del jóven dieron un resultado negativo.

— Por favor, no te chances sobre esté particular, querida hija, dijo mistress Powell á Lisbeth al advertir la penosa impresion que sus palabras habian causado en la fisonomia de Sarah. ¿Quién sabe lo que puede haberle sucedido á ese desgraciado jóven? Confiemos sin embargo que Dios le habrá protegido. Yo sentiré verdaderamente una alegría al contemplar otra vez aquel rostro leal y valiente, aun cuando no sea mas que para no tener que echarnos en cara haber sido los causantes de la desgracia que pueda haberle sucedido.

— No teneis que atormentaros con semejantes pensamientos, replicó M. Powell. En nuestra vasta Australia, es fácil extraviarse alguna vez. Con mucha frecuencia he vuelto á encontrar personas á quienes creia muertas hacia mucho tiempo, pero que sencillamente habian sido conducidas por la casualidad de un punto á otro, y que desaparecian de aquí y de allá con la misma prontitud, entregadas siempre á sus ocupaciones. Pero un hombre como Mac-Donald, que trata de establecerse, tiene razones particulares para evitar que se sepa donde mora, sobre todo si ha encontrado buenas tierras laborables, porque es muy importante que no sean descubiertas por otros. ¿Quién es capaz de decir en qué magnifica granja estará criando á estas horas sus carneros y demás clases de ganado?

— Mirad, ahí viene maese Bale, el administrador, dijo Lisbeth, cuya atencion habia llamado el ruido de un jinete que se acercaba á la granja.

— ¿M. Bale? No, no puede ser él, contestó Bill, el hijo segundo de M. Powell, que estaba en pié al lado de su hermana y miraba hácia el mismo punto. Ese caballo es tordo, y el de M. Bale es bayo. Ese debe ser un forastero.

— ¡Un forastero! exclamó M. Powell poniéndose en pié y adelantándose hácia la ventana, adonde fué seguido bien pronto por toda la familia. ¡Allí, es cierto! se diria que es algun caballero del país. Su larga barba no anuncia en él á un habitante de las ciudades; ese debe ser un cazador á juzgar por el fusil que tiene en la mano. Vé, Jorge, á recibirle y hazle entrar: que lleven el caballo á la cuadra. Es cierto en realidad, añadió volviéndose hácia su familia con una ligera sonrisa, que la felicidad ó la desgracia no vienen nunca solas. Desde hace algun tiempo experimentábamos cierta tristeza por vernos incomunicados con el resto del mundo. Pues hé ahí que hoy recibimos cartas y periódicos y se nos presenta un forastero como llovido del cielo. ¡En buen hora llegue!

## II.

EL REGRESO DE UN AMIGO.

Uno ó dos minutos habian trascurrido cuando el jinete, que habia tenido el tiempo justo para apearse, llamó á la puerta de la sala con gran sorpresa de Jorge, porque el recién llegado demostraba conocer las entradas y salidas de la casa tan bien como si fuese uno de los que habitaban en ella. Apenas el admirado propietario habia contestado: «¡Entrad!» cuando el pestillo obedeció á la presion del dedo del extranjero, llevando un saco de cuero colgado al brazo, entró en la habitacion diciendo con cordial acento:

— ¿Cómo están todos los individuos de esta apreciable familia?

— Y ¿cómo estais vos también, caballero? contestó M. Powell, un si es no es desconcertado por aquella manera de presentarse. Los demás miembros de la familia examinaron al recién venido con curiosidad, mientras Sarah fijaba sobre él miradas que indicaban una ansiedad y una incertidumbre penosas. — Os doy mi mas cordial bienvenida á nuestra tranquila soledad, continuó M. Powell. Espero que os encontrareis en ella á vuestro gusto, y que estareis como en vuestra propia casa.

— Os quedo en verdad muy reconocido, señor Powell, repuso el extranjero asiendo la mano que se le alargaba y estrechándola con ardor. Pero ¿estoy pues tan cambiado, y esta larga barba me desfigura en tal disposicion que ni vos, ni mistress Powell, ni estas señoritas pueden reconocermes? ¡Ah, cuánto han crecido vuestros hijos!

— ¡Buen Dios! exclamó Sarah, mientras sus padres continuaban examinando al extranjero en silencio y con inquietud, y mientras los mas jóvenes de sus hermanos se acercaban á él con curiosidad; ¿sois vos, sois acaso Mac-Donald?

Y al pronunciar este nombre un vivo rubor hizo colorar el rostro de la linda jóven.

— Soy muy feliz con que vos, al menos, no me hayais olvidado, contestó Mac-Donald con dulce emocion, tendiéndole una mano que Sarah cogió tímidamente.

— ¡Mac-Donald! exclamó Powell haciendo al jóven un afectuoso saludo.

Toda la familia rodeó entonces á su antiguo huésped, con el deseo de hacer un buen recibimiento á aquel de quien cada cual conservaba el mas agradable recuerdo.

— Hace muy pocos minutos que hablábamos de vos,

perdiéndonos en conjeturas sobre vuestra suerte, dijo mistress Powell.

— En nombrando al ruin de Roma, luego asoma, dice el antiguo proverbio, añadió Mac-Donald riendo. Pero ¿no había yo ofrecido libros á miss Sarah, y no me había obligado á traerlos?

— Ya veis como yo tenía razon, dijo Lisbeth sonriendo. No habiendo podido encontrar los libros en Melbourne, ha ido un poco mas lejos á comprarlos, tal vez á Londres.

— No, señorita, no he tenido que ir tan lejos, repuso alegremente el jóven, pero lo que si es cierto que no los he podido adquirir sin gran trabajo. Ya os contaré eso otro dia. De todos modos aquí están, y espero que interesarán á miss Sarah tanto como se había figurado en su imaginacion.

Al expresarse así, el jóven abrió su saco de cuero y sacó de él una media docena de libros cuidadosamente envueltos en un pedazo de hule, y los colocó en la mesa delante de la jóven, cuyas megillas se enrojecieron y en cuyos ojos pudo leerse una expresion de franco reconocimiento.

— Creo, añadió Mac-Donald, que no están mojados, á pesar de haber tenido que pasar vadeando el Murray y de haberme visto obligado hasta á hacer nadar á mi caballo; pero, á Dios gracias, siempre he tenido un gran cuidado con mi saco.

— Pues mirad en una esquina de este libro, exclamó Neel, muchacho de once años, que se había acercado á la mesa y examinaba y manejaba el paquete sin ceremonia.

— Cualquiera diria que esto es efecto de una bala, dijo Jorge examinando la abertura y enseñándola á su padre.

— No solo parece al agujero hecho por una bala, sino que es así en realidad, dijo el recién venido riendo. Este libro probablemente me ha salvado la vida, y de todos modos me ha evitado una herida que hubiera podido ser mortal. Una pistola que llevaba en el cinto se ha disparado, y el saco que acababa de colocar delante de mí para sacar algunas provisiones, felizmente para mí ha recibido el tiro. Confío en que el libro no se habrá echado á perder. Creo que la recia cubierta y el papel fuertemente comprimido no hubieran dejado penetrar mucho la bala: á decir verdad, no había tenido tiempo todavía de fijarme en ello.

— ¿Y probablemente cuando os ha sucedido esto estarais bien lejos de todo humano socorro? preguntó mistress Powell juntando las manos.

— ¡Oh, sí, lejos, muy lejos de toda habitacion, de todo humano socorro! continuó el jóven con triste acento. Estaba yo en medio de los bosques, no había allí ni una gota de agua, y me veía amenazado por una partida de negros que se lanzaron en mi persecucion al oír ese fatal disparo. Si me hubiese herido caía indefectiblemente en sus manos, y no he debido mi salvacion mas que á los libros de miss Sarah.

— Conservaré siempre este libro como un recuerdo vuestro, contestó esta con emocion. Pero decidme, ¿estábais obligado á exponeros á un peligro semejante?

— A ese peligro, repuso el jóven riendo, vuestro padre y vuestros hermanos están expuestos todos los dias recorriendo los bosques. El caballo que monten puede arrastrarlos al caer en su precipitada carrera; un toro furioso puede atacarlos, herirlos ó matarlos; una tribu de negros puede rodear de improviso al desamparado jinete.

— O bien alguno de los salteadores que andan por los bosques ocultándose detrás de un gomero, levantarle á uno la tapa de los sesos, añadió mistress Powell. Ninguno de nosotros está al abrigo de accidentes semejantes.

— A lo menos no tenemos nada que temer de los deportados que han buscado un refugio en la espesura de los bosques, añadió el jóven sonriendo. Lo cierto es que no se ha oído hablar de ellos desde hace mucho tiempo.

— ¡Desde hace mucho tiempo! exclamó Jorge. Pues leed ese periódico, y vereis lo que se refiere en él respecto á uno de esos fugitivos, cuya cabeza está apreciada en cien guineas.

— ¡Cien guineas! dijo Mac-Donald admirado; pero ¿cómo es posible? Yo vengo directamente de Melbourne, y no he oído una palabra sobre tan extraordinario acontecimiento. ¡Cien guineas! Es ciertamente extraño que no recuerde una cosa semejante. ¿De qué fecha es ese periódico?

— ¿De qué fecha? no me he fijado en ello, contestó Jorge buscando el periódico; y á decir verdad, nuestras carretas han estado mucho tiempo en el camino.

— Ese periódico es pues uno de los que ha traído el carretero de la granja, añadió Mac-Donald riendo. Entonces su fecha no será muy reciente.

— ¡Ah! aquí está el número: es del 15; ciertamente es una gaceta algo antigua, pues data del 15 de diciembre del año pasado.

— Y estamos en abril, repuso el forastero. ¡Oh! entonces vuestro periódico puede tener razon. ¿Cómo se llama ese malvado?

— Jack London, cuyo nombre va acompañado de infinidad de apodos, contestó M. Powell.

— Ese es precisamente, el mismo; pero fué cogido muy pronto, y segun mis noticias, la recompensa ofrecida por su captura fué fielmente satisfecha á los que se apoderaron de su persona.

— Puesto que esas noticias son del 15 de diciembre, exclamó mistress Powell, no hay por qué alarmarnos tanto.

— ¿Habeis encontrado alguna vez á ese hombre en

el bosque? ¿Se asemeja á los salvajes? preguntó Neel, el mas jóven de los hijos de Powell, que mostraba un interés particular por los criminales fugitivos.

— Seguro, su traza no es enteramente igual á la de un salvaje, contestó Mac-Donald. Una vez le ví al paso en la ciudad, cuando le conducian á la cárcel.

— ¡Y bien! ¿qué cara tenía? preguntó Bill.

— A fe mía, querido jóven, contestó el forastero, puedo daros poca razon de ello. La vista de un hombre preso produce en mí una impresion muy triste y desagradable, por lo que evito siempre encontrarme al paso con ningun criminal.

— Hacedis perfectamente, añadió mistress Powell; soy de vuestra misma opinion. Bastantes penas y miserias pasa uno en este mundo sin correr al encuentro de la desgracia, y aun cuando tratemos de evitarla la encontramos siempre á cada momento.

— En cuanto á mí, me alegrara mucho de ver ahorcar á uno de esos vagabundos que pululan por los bosques, exclamó Bill, cuyos ojos chispeaban.

— ¡Bill, no digas eso! contestaron á un tiempo la madre y las dos hermanas, con una expresion de horror y reproche.

— ¿Quién puede haber sugerido á este muchacho unas ideas tan sanguinarias? añadió la madre estremeciéndose. Calla, hijo mio; deberias avergonzarte de abrigar semejantes pensamientos, y ruego á Dios que los aparte de tu imaginacion.

— ¡Oh! no os inquieteis tanto por eso, mistress Powell, añadió Mac-Donald procurando tranquilizarla. Los jóvenes educados en los bosques se acostumbran á repetir lo que oyen decir á los mayores, á los pastores, y á todos los que cuidan de los ganados, los cuales naturalmente son muy bruscos en sus maneras y pensamientos. El corazon de vuestro hijo es sin embargo puro y bueno: lo que dice no es mas que un desahogo de su valor. Estoy persuadido de que cuando Bill tenga mas edad comprenderá que no debe desearse, por muy criminal que sea, la muerte de nuestros semejantes.

— ¿Y á los negros debemos tambien considerarlos como á semejantes nuestros? dijo Bill con un tono en el que se dejaba traslucir un poco de mal humor y alguna vergüenza.

— Ciertamente que sí, repuso Mac-Donald con un sentimiento natural de bondad; y aunque algunas veces se muestren salvajes, no dudo en manera alguna que si estuviéramos en su lugar, tratados, ó mas bien, maltratados por otra raza como nosotros los maltratamos, tal vez seriamos mucho mas violentos, mas perversos y hasta mas crueles que ellos.

— Tambien lo creo así, añadió M. Powell. La mayor parte de los colonos consideran á los negros al igual de los perros salvajes, haciendo con esto que se aumente el odio, de suyo ya bastante violento, de esos hombres contra nuestra raza blanca.

— Por fortuna, estás en buen lugar con ellos, mi querido John, dijo mistress Powell dirigiéndose á su marido con aire de satisfaccion. Jamás has hecho fuego contra esos pobres diablos, no has excitado nunca á tus perros á que los muerdan; y soy de opinion que por este motivo no nos han atormentado, ni hasta ahora nos han causado ningun daño.

— Querida esposa, contestó el buen colono encogiéndose de hombros, no hay que fiar gran cosa en esas apariencias. Confío mucho mas en el miedo que nos tienen que en el reconocimiento de que los crees inspirados. Es necesario considerar que al igual que los demás colonos, yo les hago á estos negrillos el mayor mal que se les puede hacer. Aunque personalmente estoy en buenas relaciones con ellos y no permito que nadie de la casa los maltrate, no se encuentran por eso muy satisfechos. La presencia de mis rebaños los ha arrojado de las tierras que les pertenecen y en las cuales cazaban; nuestros perros han ahuyentado la caza, sus kanguroos, sus *wallobies* y sus *émus*, desde la ribera al interior de los bosques. Además, lo que es mucho peor, hemos encerrado á las diferentes tribus, enemigas entre sí, en un pequeño círculo, de suerte que el asesinato está á la órden del dia entre esos desgraciados. Los negros no podrán ni querrán jamás olvidar todo esto, mucho mas cuando su carácter no es propenso á perdonar. Naturalmente, los que á todos estos motivos de odio añaden una provocacion personal, deben temer mucho las consecuencias.

(Se continuará.)

## Exposicion universal de 1867.

LAS MÁQUINAS.

Servicio hidráulico del palacio.

Los cinco empresarios del servicio hidráulico son: 1º MM. Scott y Sagey, de Ruan; máquina elevatoria á dos cilindros y balancin; 2º Letestu, de Paris; bomba aspirante; 3º MM. Neut y Dumont, de Paris y de Lille; dos bombas de fuerza centrífuga que dan cada una 800 metros cúbicos de agua por hora; aspiracion horizontal á 120 metros; locomovibles: una de las bombas se gobierna á la distancia de mas de 200 metros, por un cable telodinámico de M. Hirn, de Logelbach; 4º Nilus, del Havre; aparato de agotamiento compuesto de cuatro cuerpos de bombas elevatorias; máquina semi-locomovible, de retorno de llama y de condensacion; 5º Thirion, de Paris; dos bombas de balancin, movidas por una máquina de vapor que dan la una 150 y la otra 100

metros cúbicos por hora. La segunda alimentará el estanque marino de los aquariums.

Las grandes novedades de este servicio hidráulico son las bombas centrífugas de M. Coignard y de MM. Neut y Dumont, y el cable telodinámico de M. Hirn. M. Coignard ha dado á las aletas de su bomba la forma de hélices, y las ha encerrado en una esfera hueca. Su perfeccionamiento mas importante consiste en la disposicion que pone al abrigo de la estancia en torno de las aletas, del aire, cuya presencia disminuye notablemente, y hasta puede detener el juego del aparato. Una bomba accesoria aspira á cada golpe de émbolo el agua ó el aire tomados en el centro del aparato, y los arroja fuera. El efecto útil de las bombas Coignard es verdaderamente notable; no desciende jamás á menos de 35, y á veces puede llegar á 50 ó 58, y así es que su éxito ha excedido á las esperanzas del autor.

En la bomba centrífuga de MM. Neut y Dumont se han conservado la forma y el número de las paletas curvas de la bomba de Appold, y los perfeccionamientos esenciales introducidos son los siguientes: pared anular para impedir los remolinos perjudiciales; colocacion del eje de rotacion en un punto mas bajo; caja de estopa siempre purgada de aire; orificios de evacuacion del aire acumulado en el centro de aspiracion; recurso á las ruedas de friccion para reducir cuando es necesario el número de vueltas de la bomba en la escala que se quiera; forma de sifon dada al conjunto del tubo de aspiracion, etc. Construccion sencilla, sólida, y que no exige reparaciones; volumen pequeño; peso reducido; facilidad para montarla en algunas horas; movimiento continuo y regular; rendimiento superior al de las bombas mas célebres; precio relativamente poco elevado; gasto de agua bastante débil para que el costo de un metro cúbico de agua, elevado á cinco ó seis metros de altura, sea de menos de un céntimo; paso ofrecido sin peligro á la arena, el lodo, el casquijo y todo cuerpo extraño cuyo diámetro no exceda de cinco centímetros, tales son las cualidades excepcionales que hacen de la bomba Neut y Dumont, el mas poderoso, el mas constante en su accion, el mas sólido y rústico de los aparatos elevatorios reconocidos. Así es que en menos de cuatro años han entregado á la industria mas de dos mil máquinas, cuyo rendimiento varia de 2 á 500 hectolitros de agua por minuto. Antes de estos señores, es decir, de 1851 á 1863, apenas se contaban en toda Francia cincuenta bombas centrífugas cuya conduccion era muy difícil.

FOGON FUMÍVORO DE M. DE PINDRAY. — Las bombas de MM. Neut y Dumont reciben su movimiento de rotacion de una locomovible de M. Calla, y el fogon de esta locomovible debe ser construido con arreglo al sistema de M. Alfredo de Pindray, de Novion-Portien (Ardenes), el mejor de los fogones fumívoros, tan grande es su sencillez y tan maravillosa su eficacia. Le caracterizan su reja de barrotes curvos muy altos; su fuerte inclinacion de adelante á atrás; la armonia de las dimensiones relativas del fogon, del cenicero, de los *carneauux*, calculados de modo que permiten la introduccion de una cantidad de aire suficiente, y facilitan la mezcla de los gases nacidos de la combustion; la ausencia de todo mecanismo extranjero, la facilidad con que se monta, etc. Este fogon que *quema el humo* tanto y mas que lo exige el decreto del 25 de enero de 1865, y que como tal merece ser adoptado en todas partes, acaba de ser objeto de estudios y experimentos en grande, cuyos resultados expone de este modo la comision examinadora: Nueve litros de agua vaporizada por kilogramo de carbon; presion media de 5 atmósferas; economia absoluta de combustible, 8 por 100; economia relativa de combustible, 25 por 100 en la comparacion con el fogon Palazot, que es uno de los mas estimados; nada de humo negro, ó cuando mas señales durante algunos segundos; en lo restante del tiempo, ligero vapor tanto menos sensible cuanto es menos elevada la temperatura exterior: posibilidad de mezclar dos quintas partes de hulla menuda con la hulla ordinaria, mediante una economia de 11 por 100.

F. M.

## Tipos y trajes suecos y noruegos.

Todas las naciones han expuesto en el Campo de Marte colecciones de trajes destinadas á darnos una idea de la manera con que se visten en sus paises respectivos las diferentes clases sociales. Algunos Estados no han hecho mas que mostrar estos vestidos colgados en los escaparates; pero hay otros que los han puesto en maniquies. La Suecia y la Noruega han querido representar, además de los vestidos, los tipos de sus diferentes provincias.

Un jóven escultor, M. Soederman, recibió el encargo de copiar del natural algunos individuos en las actitudes mas diversas, aquellos que podian dar á conocer mejor la fisonomia de los habitantes de las principales comarcas de ambos reinos.

Las cabezas y las manos fueron vaciadas en yeso, y luego pintadas y ajustadas á maniquies hechos cuidadosamente, y vestidos con una exactitud escrupulosa.

Cuarenta personajes aparecen agrupados en diez y siete cuadros, que producen la mas completa ilusion: á cierta distancia parece aquello un mundo animado.

Cierto es que para alcanzar un resultado tan perfecto, ha sido preciso gastar 25,000 francos. Los dos grupos que damos hoy, representan los tipos mas curiosos de esta interesante exhibicion.

L. C.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Trajes suecos y noruegos.  
Aldeanos de Herrestad y labradora (Escania).

Aldeana de Gudbsandalen.

Mujer de la parroquia de Leksand (Dalecarlia.)



Moza de Vingaker (Sudermania).

La peticion de matrimonio (Dalecarlia).

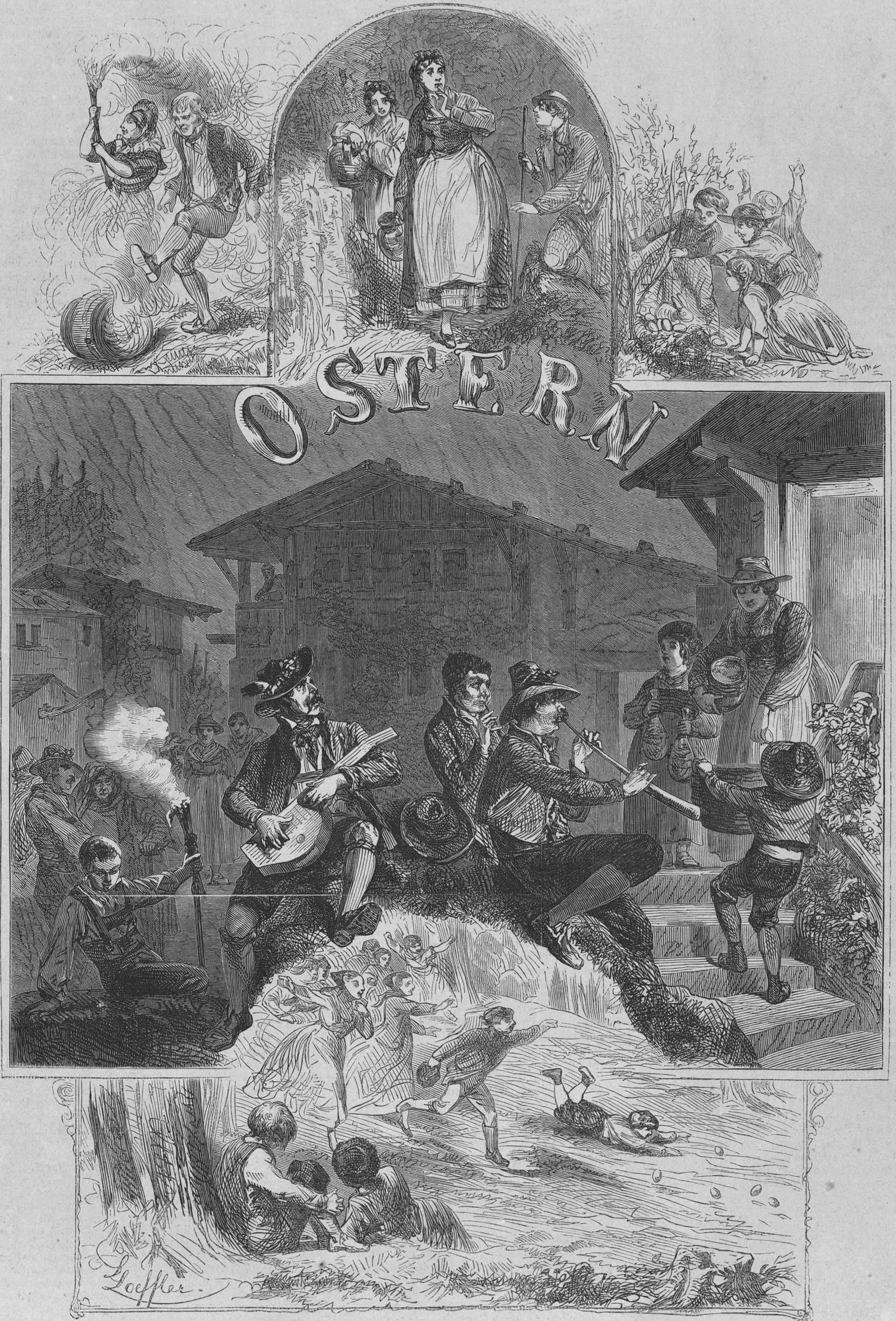
Trajes de verano de Leksand.

Mujer de Hardenger.



La calle de Rusia.

HOTEL M. RUSSE



La fiesta de Pascuas en Alemania.

### La fiesta de Pascuas en Alemania.

Pascuas, en alemán *ostern*, es la fiesta de la primavera, la fiesta de los huevos y de los gérmenes. *Ostara* era la diosa á la que los paganos consagraban y sacrificaban los primeros tallos. Los judíos la hicieron fiesta conmemorativa del paso del mar Rojo, é inmolaron un cordero según el precepto de Moisés. Para los cristianos es el aniversario de la resurrección de Jesucristo, es el renacimiento, la vuelta á la vida y al sol. La significación de este día de fiesta no ha cambiado.

En Alemania la mayor parte de los usos y costumbres relativos á la Pascua, son de un origen probablemente anterior al cristianismo. Sin embargo, en la hermosa lámina de Loeffler que reproducimos, la escena principal es cristiana, y pasa en el Tirol. Una banda de músicos recorre por la noche las aldeas al resplandor de las antorchas, cantando himnos religiosos que anuncian la buena nueva, y acompañándose con la cítara y la zampoña. En conmemoración de la santa Cena les reparten el pan y el vino.

En el Norte de Alemania los muchachos, armados de varas en donde aparecen los primeros retoños, tratan de sorprenderse unos á otros en la mañana de Pascua, y todos los perezosos reciben una corrección en la cama, en medio de las risas de sus compañeros.

En Suabia, desde el amanecer de este gran día, los chicos salen en busca del nido que han preparado sus padres en alguna zarza del jardín. ¡Qué alegría cuando descubren entre las hojas la liebre de cartón y los huevos pintados que creen han caído del cielo! Una de estas escenas ha representado nuestro dibujante.

En Westfalia, llegada la noche, encienden un tonel embreado que echan á rodar por un monte, y las mujeres se sirven de escobas á guisa de antorchas.

Pero la costumbre mas singular es la que representa el dibujo del centro, la escena de la fuente. En los campos de Thuringe el que va á sacar agua corriente en la mañana de Pascua antes de que salga el sol, se cura con esta agua de toda clase de males, hasta el mal de amor. Mas para esto es preciso que observe un religioso silencio. Ahora bien, ¿cómo callar, si justamente encuentra en la fuente á la que causa su pena? Y sin embargo, si dice una sola palabra, ya sabe lo que le espera, no sanará nunca.

En el Tirol y en el Hartz los mozos y los niños se ponen á correr tras unos huevos que ruedan de lo alto de un cerro y tratan de cogerlos á riesgo de romperse la cabeza. En Suiza los hacen chocar uno contra otro, y el huevo mas fuerte triunfa. Con un solo huevo se pueden ganar así algunas docenas.

Esta fiesta de la primavera es tanto mas solemne en Alemania, sobre todo en el Norte, cuanto que allí es mas rigoroso el invierno. Las poesías donde se canta la primavera (*Lenz ó Frühling*) son innumerables.

*Der Lenz ist da!*

(Ahí está la primavera.)

Esta es la idea que expresa principalmente la fiesta de Pascuas. Los retoños, los huevos, las flores, el agua maravillosa, hé ahí en cuanto á las tradiciones paganas. Los cánticos religiosos, las antorchas, el pan y el vino, constituyen la tradición cristiana. En una como en otra, según decíamos al principio de estas líneas, la idea principal, para el hombre como para la naturaleza, es la vuelta á la vida y al sol. Para los judíos, es la emancipación, y es la resurrección para los cristianos.

W. R.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas de París en la Exposición universal de 1867. — Telas primaverales. — Novedades en cuellos y mangas. — Los vestidos. — Un traje para comida de ceremonia. — Descripción de tres trajes completos, vestidos, sombreros y confecciones. — Colección de cinturones. — Rivalidad entre las industrias parisienses: la perfumería. — Descripción del figurín, que representa cinco trajes de niña y uno de niño, fotografiados en la Exposición universal.

La Exposición universal de 1867 comprende naturalmente una sección de modas que, en su clase es tan notable como cualquiera otra, y que tiene particularmente el privilegio de atraer las miradas femeninas. No hay casa de fama que no haya expuesto vestidos ostentosos. No hay para qué decir que en este ramo nadie le disputa la palma á la Francia. Pasemos pues una rápida revista á las novedades mas interesantes.

En primer lugar, hemos visto una colección de telas primaverales que abraza toda una serie de matices distintos, malva, gris, etc., de una multiplicidad de tonos variados hasta lo infinito.

Sobre estos fondos corre un adorno de dibujos de coral, blanco, negro, grosella, azul, etc., según el gusto.

Luego hay grupos de florecillas de toda clase y maravillosas miniaturas de una finura incomparable en cuanto á riqueza y colorido.

Las sederías de Lyon no pueden detallarse: bástenos de-

cir que jamás la fabricación francesa de telas de seda para vestidos se ha mostrado tan brillante.

Luego hay la ropa blanca propiamente dicha, en la cual domina el estilo Luis XIV y Luis XV, y por consiguiente el encaje.

Entre las novedades de cuellos y mangas, observamos los modelos siguientes:

El cuello *Pré-aux-Clercs*, con puntas que caen derechas y todo formado de cuadritos de fina guipure, alternados con rombos de batista lisa.

El cuello *Richelieu*, formado de un plegado de punto de Alençon con terciopelo hácia el escote, formando lazo por delante y atravesado por un entredos de encaje.

El cuello *Richelieu* con borde de batista sirve de pretexto para aplicar un rizado de Valenciennes muy bajo.

Por delante se añaden dos puntas de Valenciennes de 10 centímetros, plegadas en abanico.

Otro modelo no menos elegante, llamado *Pascal*, está todo formado de mosaicos de guipure de estilo antiguo, formando escote y ondas muy agudas y muy largas por delante.

Las mas adecuadas á estos cuellos son lindísimas.

En el puño se repite siempre la composición del cuello.

Entremos en el capítulo de los vestidos. Hé aquí la descripción de un elegantísimo traje para comida de ceremonia.

Este vestido se compone de una primera falda de tul blanco sobre viso de raso blanco y guarnecida por abajo con un plegado margarita mitad de tul y mitad de blonda blanca. A la cabeza de este plegado, cordón de jazmin.

La falda-túnica es de raso rosa, adornada en el bajo con una nieve de tul sembrada de mariposas de diversos colores.

Como adorno de cuerpo, corselete de faldetas peplum, formadas enteramente de una redecilla de perlas blancas.

Nada mas lindo que el efecto que produce este vestido tan resplandeciente.

Guimpe de tul plegada en el corselete. Sobre los hombros lazos de tul sembrado de mariposas.

Mangas muy cortas de tul abullonado sobre raso rosa y guarnecidas con un plegado de blonda. En el cabello mariposas de todos colores.

Vamos á describir ahora tres trajes completos que darán idea no solo de los vestidos, sino de los sombreros y las confecciones á la última moda.

El primero se compone de una primera falda gris que llega hasta el tobillo, estando adornada por abajo con cinco sesgos, graduados en anchura, de tafetan negro y avellana.

En lo alto del sesgo negro, filete de perlas, y en lo alto del sesgo avellana, perlas de azabache.

La segunda falda, gris también, baja solamente hasta las rodillas; por detrás es un poco mas larga.

El paño del delantero forma delantal y va rodeado con un diminuto plegado-margarita. Los otros paños son redondos y están guarnecidos con una cresta de ondas redondas, negras y avellana, dispuestas así: cinco negras y tres avellana.

Cuerpo de talle redondo, montante, sobre el cual hay simulada una cresta mas pequeña, que guarnece los hombros con ondas redondas.

Por delante patron simulado, con un plegado margarita mas angosto, y que forma continuación al paño-delantal del delantero de la falda.

Mangas justas adornadas por arriba con una cartera cuadrada, guarnecida de plegados como el delantal. A cada lado carteras redondeadas por las puntas como las de la falda, y orladas de perlas y de azabache.

Confección-rotonda de tela de fantasía color habana oscuro, guarnecida por abajo con ondas recortadas en la misma tela. En cada una rombo de azabache.

En la cabeza *toca Galileo* de paja inglesa negra, guarnecida con un cordón de hojas secas de diversos matices, y en medio plumas de faisán.

El segundo traje de salón es de tafetan con rayas azules y blancas en la primera falda. La segunda es de fular liso, cortada en forma de túnica Imperio, corto por delante, con cola por detrás, y dispuesta de modo que se encuentra recogida por los lados.

Por delante, la segunda falda es lisa, y por detrás apenas tiene pliegues en el talle. Sobre las caderas hace tres pliegues huecos y se encuentra abierta sobre una altura de 20 á 30 centímetros. En lo alto de esta abertura hay un grueso lazo con colgajos de perlas en medio, y esta abertura, lo mismo que la orla de la falda, están guarnecidas con un sesgo de tafetan blanco.

El cuerpo de este vestido es alto y de rayas; lleva un corselete plegado á la antigua hácia arriba y guarnecido de tafetan blanco, y dobles mangas, de las cuales la primera es de rayas, y la segunda, llamada *Médicis*, es azul, lisa y orlada de sesgos de tafetan. En todos los sesgos hay perlas de paja punteada de azabache.

El sombrero está compuesto de una blonda blanca bastante ancha al rededor de un pequeño rombo de raso azul, bordado de paja. Las cintas de atar, que son de terciopelo, se anudan bajo la masa del rodete.

El último traje, de salón también, es de fular gris.

La falda está cortada de un solo patron con el cuerpo, y lleva en el bajo un ancho sesgo de tafetan rosado, sembrado de estrellas de azabache.

A la distancia en que caen las segundas faldas, hay otro sesgo menos ancho, para figurarla. Este sesgo, bordado igualmente de perlas negras, traza sobre el lado la ondulación que formarían los pliegues, y está cortado de modo que

baja mas por detrás que por delante; por aquí apenas pasá 10 centímetros de las rodillas.

Una franja de perlas satinadas, rosa y negro, se fija á continuación de este sesgo, figurando segunda falda.

Cuerpo cortado de manera que deja caer sobre los lados dos largas carteras que, saliendo del mismo patron, forman continuación á los costados de la espalda y del delantero.

Estas carteras, de 30 á 40 centímetros de largo, cortadas mas anchas por la punta y en oriflama, van guarnecidas con un sesgo rosado bordado de estrellas negras.

Franja rosada y negra en el bajo del sesgo.

Por arriba este cuerpo es liso, aunque va guarnecido en el escote con una aplicación de perlas rosadas y negras, formando redecilla, de una altura de 10 centímetros.

Cada punta de los rombos está marcada con una pastilla de azabache.

Mangas largas, con sesgos perlados. Mangas interiores blancas, de muselina bordada, guarnecidas al lado con una cinta de raso rosa que pasa bajo un entredos blanco de guipure, que se repite en el puño.

Peinado un poco alto y encrespado, pasando entre el cabello un terciopelo de color de rosa.

En la Exposición hemos visto igualmente una colección de cinturones que atrae todas las miradas. Todos ellos de azabache en forma de redecilla y se llaman cinturones peruanos, chinos, boleros, egipcios, romanos, etc.; mas como este azabache les da cierta pesadez, es muy probable que en el verano próximo se reemplazarán con los de cinta, mas ligeros, y por lo tanto mas propios de la temporada.

La Exposición ha dado motivo á que todas las industrias parisienses rivalicen en ofrecer al público los productos mas selectos. Así, en la perfumería se notan actualmente perfeccionamientos muy notables. Uno de los primeros perfumistas de París, Guerlain, abastecedor de la fashion, ostenta hoy en sus lujosos escaparates de la calle de la Paix, toda una colección de productos, donde pueden hallar completa satisfacción los gustos mas delicados, las exigencias mas legítimas. Es una casa que siempre recomendaremos con toda confianza á nuestras bellas lectoras.

En el figurín que acompaña á este número damos una serie de trajes infantiles que representan las últimas creaciones de las modistas parisienses con destino á los niños.

El primero es de niña de doce años y se compone de una falda interior de tafetan azul, sobre la cual cae un vestido sultana rayado, gris y blanco, con cuerpo de faldetas escotado en cuadro por delante y por detrás, con pieza de interior de tafetan azul, y guarnición de cinta de tafetan azul con botones. Esta guarnición se repite en el bajo de la falda sobre dos hileras; la falda está recogida en festones prendidos en cada paño con pompones de dalias de tafetan azul. Botitas de tafetan azul.

El segundo es para niña de cinco á siete años. — Falda interior de tafetan rosado, á gruesos pliegues dobles; falda y cuerpo de alpaga blanco, guarnecidos con una cuerda de gruesa pasamanería dispuesta en treboles para recoger y formar festones. Esta guarnición se repite en la cintura, en torno del cuerpo y sobre las mangas. Camisolin interior de nansú y cinta rosa en torno del cuello. Sombrero marino de paja de arroz con cinta rosa. Botitas rosa.

El tercer traje es para niña de ocho á diez años. — Vestido de tarlatana bordada de punzó y ramaje de coral sobre fondo blanco; cuerpo suizo abierto por delante, con guimpe de muselina plegada y bordada. Sombrero guarnecido como el vestido. Botitas de seda gris.

El cuarto es un traje breton para niño de cinco á seis años. — Pantalón y chaqueta de paño de verano, color de castaña, guarnecidos con un galon de terciopelo negro, chaleco de tafetan negro, medias negras de seda y botas de piel amarilla.

El quinto traje es para niña de cinco á seis años. — Vestido jardinera de fular, con guarnición de cintas verdes sostenida con hebillas; cinturón de la misma cinta y hombrecas; cuerpo de muselina festoneado con entredos de guipure. Sombrero marino de paja de arroz adornado con cinta verde. Botitas grises.

El último traje es para niña de seis á ocho años. — Vestido *princesa* de corselete de tafetan rosa de China, guarnecido de guipure blanca y pasa nanería con borlitas de seda rosa y perlas blancas. Interior de camisolin de tul. Sombrero adecuado al vestido con cintas rosa y botitas de la misma tela.

Todos estos trajes figuran actualmente en la Exposición universal, donde llaman la atención de las madres que visiten lujosamente á sus niños.

M. P.

### Viaje al polo boreal.

FRAGMENTOS.

Había cumplido veinte y tres años, y me dijo mi padre que, no queriendo entrenar por mas tiempo el deseo que le habia manifestado de hacer un viaje al Norte, á la vuelta de la primavera me permitiría embarcarme en un buque ballenero. Mientras estaba yo haciendo los preparativos para este viaje, cayó mi madre enferma, y murió por Navidad; y al cabo de un mes siguióla mi padre al sepulcro, dejándome heredero único de cuantiosos haberes.